ADMINISTRACIÓN LIRICO-DRAMATICA

EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL PAN DEL POBRE

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN LA LECTURA DE UNA OBRA ALEMANA

ESCRITO POR

FÉLIX GONZALEZ LLANA

Y

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, 2.º

1895

EL PAN DEL POBRE

EL PAN DEL POBRE

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN LA LECTURA DE UNA OBRA ALEMANA

ESCRITO POR

FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Y

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 14 de Diciembre de 1894

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
JULIA (20 años)	Sra. D.ª	Julia Cirera.
MICAELA (40 años)		Luisa Rodríguez.
ANTONIA		Felisa Suárez.
RAFAELA		Josefina Vázquez.
LEANDRA		Matilde Vargas.
ANDREA		Dolores Coronado.
PASCUAL (68 años)	Sr. D.	Donato Jiménez.
MIGUEL (22 años)		José González.
D. JENARO CREMADES (56 años)		José Pérez.
PELÁEZ (gerente de la fábrica)		Fernando Estrella
PAQUITO (11 años)	Sra. D.ª	Adela García.
GREGORIO (obrero)	Sr. D.	Rafael Barceló.
SINFOROSO (obrero)		F. López Serrano.
INDALECIO (licenciado del ejército)		Agapito Cuevas.
RAFAEL (guarda)		Emilio Ruiz.
BENJAMIN		Alfredo Herreros.
ANACLETO		Nicolás González.
OBRERO 1.º		Isidro Sotillo.
OBRERO 2.º		Ricardo Pascual.

Obreros, mujeres y niños, guardas de la fábrica, soldados, etc.

Época actual. — La acción en un pueblo de Levante

DERECHA É IZQUIERDA LA DEL ACTOR

Por la música de esta obra se cobrarán los derechos de una comedia en un acto, además de los correspondientes á la obra.

Sr. D. José Echegaray:

Nuestro respetable amigo: A usted que nos sugirió la idea de escribir un drama inspirado en *Los Tejedores* de Hauptmann, debemos y queremos ofrecer esta obra, antes de someterla al juicio del público.

Conoce usted el drama alemán y sabe, por lo tanto, que EL PAN DEL POBRE no es ni traducción, ni arreglo, ni cosa análoga. La idea de Hauptmann, nos parece soberbia y meritoria. Pintar en las postrimerías del siglo, cuando la desigualdad social se manifiesta con caracteres de amenaza, el estado infeliz de las clases trabajadoras, creemos que es empeño oportuno, humanitario, y además, altamente estético, porque el arte debe siempre inspirarse en las agitaciones del medio en el cual vive. Hemos, pues, aprovechado la idea de Hauptmann y la hemos imitado, utilizando el rico marco alemán para nuestro modestísimo cuadro, pero sin seguir paso á paso al joven y famoso dramaturgo de Silesia, por razones que usted ha tenido la benevolencia de considerar como buenas.

Los Tejedores, como usted sabe, no es un drama propiamente dicho. La obra alemana sólo contiene una sucesión de escenas, en las cuales, con fidelidad maravillosa sí, pero sin intriga, sin fábula, sin inci-

dentes de ninguna especie, se exponen los tristes detalles de la vida precaria que sufren las criaturas encadenadas á la miseria. El público español no hubiera tolerado cinco actos de exposición escueta, sin otro interés escénico que el de la pintura de una realidad desconsoladora. Además, el autor alemán aparece pesimista en extremo. Presenta á los desdichados, sufriendo todas las penalidades que ofrece la esclavitud del trabajo; pero no les muestra por ninguna parte la redención, ni siquiera la esperanza de conseguirla. *Los Tejedores* son una amenaza, y nosotros queremos que EL PAN DEL POBRE sea un aviso que deben tener muy en cuenta las clases pudientes, los gobiernos, y todos cuantos deseen evitar que el problema social se resuelva entre los horrores de una lucha espantosa.

Por lo mismo, imaginamos una acción sencillísima y planeamos la obra, procurando, al mismo tiempo que cumplir nuestra tarea de llevar al teatro una cuestión trascendental, interesar al público con caracteres copiados de la realidad, sin embellecerlos con atavíos retóricos, ni idealizarlos con virtudes imaginarias, porque no entra en nuestro propósito adular á nadie.

Los personajes de Hauptmann no son los mismos, ni siquiera semejantes á los que figuran en nuestra obra. Hemos intentado, aunque acaso no lo hayamos conseguido, que estos últimos sean verdaderamente españoles. Y, puesto que acción nueva, plan nuevo y caracteres nuevos tiene EL PAN DEL POBRE, nos permitimos dedicárselo á usted, no para que juzgue el drama con su poderoso talento, sino para que le acoja y apadrine con su inagotable bondad.

Permítanos en este mismo sitio, dirigir también un saludo de admiración al gran escritor alemán, tan combatido en su patria, y, además, consiéntanos expresar nuestra inmensa gratitud á los notables artistas de *Novedades*, que han tratado á nuestro humilde engendro con el cariño que á los propios hijos se dedica.

Antes del estreno, como queda dicho, escribimos esta carta, aguardando resignados el fallo del público. Sea éste el que fuere, no podrá negársenos nunca que fuimos desafortunados en los comienzos de nuestra empresa, pues contamos de antemano con un buen escritor á quien imitar, con un gran nombre que poner en la dedicatoria, y, por último, con intérpretes escogidísimos que de seguro representarán sus papeles á la perfección. Todo lo demás depende de nuestra inteligencia, y de ésta sí que desconfiamos en absoluto. ¡Así estuviéramos tan seguros de ella como de la buena voluntad que nos anima!

Reciba usted, con la expresión más sincera de nuestra eterna gratitud, el testimonio de invariable afecto que le envían sus entusiastas admiradores y amigos

Félix González Llana

José Francos Rodríguez

ACTO PRIMERO

Contaduría de la fabrica de fundición de don Jenaro. Al foro una gran puerta, que conduce á los talleres, y á través de la cual se divisan varios departamentos, chimeneas, trozos de hierro fundido y otros objetos pertenecientes á la fábrica. Puertas laterales de la derecha, que conducen á las habitaciones del fabricante. A la izquierda puerta de salida, que se supone comunica con la calle. Puertas laterales de la derecha, que conducen á las habitaciones del fabricante. A la izquierda dos ventanas con cristales. Suspendido del techo un gran farol. Al levantarse el telón empieza á caer la tarde y anochecerá por completo cuando lo indique el diálogo.

ESCENA PRIMERA

DON JENARO y PELAEZ; el primero paseando por la escena. Pelaez, detrás del mostrador, hojea unos papeles

JEN. ¿Y el balance?

PEL. Todavía no está concluído. Faltan algunas partidas que añadir á las cuentas de ganancias y pérdidas.

JEN. Veremos si es más satisfactorio que el pasado.

PEL. No lo creo.

JEN. ¿Por qué?

PEL. Ya sabe usted que han quebrado varios corresponsales.

JEN. ¡La cantinela de siempre! Quiebras fraudulentas, es decir, verdaderas estafas. Todo el mundo pretende enriquecerse á cualquier

precio, y todos los medios son buenos para conseguirlo. Decididamente el comercio de buena fe es un mito.

PEL. Aún hay personas honradas.

JEN. El Señor me perdone; pero creo que los que señalaban un mismo Dios para los comerciantes y para los ladrones, tenían razón. ¿A cuanto ascienden esas pérdidas?

PEL. A doce mil pesetas.

JEN. El doble del año anterior.

PEL. Exactamente.

JEN. ¿Ha habido nuevas noticias del *Ligero?*

PEL. Ninguna, después de su salida de Cette. Mañana arribará al puerto, si no tiene alguna contrariedad.

JEN. Eso temo; una contrariedad de las varias que nos regalan los calamitosos tiempos presentes. Estamos dejados de la mano de Dios, y no me extraña. Ni hay ya en la tierra fe para el cielo, ni hay ya en el cielo compasión para la tierra. Los negocios van mal, cada vez peor. Este país, antes rico y próspero, se encuentra ahora empobrecido, exhausto... falta el pan...

PEL. Para los pobres...

JEN. Para quien sea... Falta el pan, y con estas desdichas vienen otras mayores.

PEL. ¿Mayor desdicha que el hambre?... No conozco ninguna.

JEN. Pues yo sí. ¿No ve usted á nuestros jornaleros, antes humildes y serviciales, cómo se han vuelto ahora soberbios, iracundos, y cómo murmuran contra el amo, contra el explotador, como ellos dicen?

PEL. Achaques de necesitados es el mal humor. La miseria, como el vino, se sube á la cabeza.

JEN. No es la miseria, porque la miseria ha existido en todas las épocas. Es que se han perdido las buenas costumbres, los respetos, la obediencia, la educación... ¡Cada obrero se cree hoy un señor absoluto y se irrita como un tirano cuando alguien resiste á sus caprichos.

PEL. Si el obrero se enfurece algunas veces consiste en que tiene hambre. Es preciso darle de comer, y entonces se aplacará su furia. ¡Créame usted, señor don Jenaro, mientras no se resuelva este problema, no habrá paz en el mundo.

JEN. No, Pelaez, no es eso. Es que se han perdido todas las tradiciones, como antes he dicho.

PEL. Se ha perdido el bienestar, eso es todo. Las irritaciones frecuentes de los jornaleros son como los saltos de la llama en las luces moribundas, efecto de una causa. Falta de alimentación.

JEN. ¿Aboga usted por el populacho?

PEL. Abogo por la desgracia... Abogo por todos... ¿Pues qué no une á todos los hombres un lazo íntimo que hace común su suerte? Allá, en los talleres, muévense con estrépito infinidad de aparatos, y á todos les da impulso la máquina de vapor. Que falte en esa soberbia máquina un tornillo, una ruedecilla cualquiera, la pieza más insignificante, y tendrá que cesar el movimiento. Pues lo mismo sucede en el mundo. Y no se diga que en la sociedad unos son más importantes que otros, ni que aquéllos desempeñan funciones más elevadas que éstos. Tornillos simples ó poderosos, émbolos todos, son indispensables en el mecanismo social, y la quiebra del que parece más nimio puede producir una catástrofe espantosa.

JEN. ¡Ese lenguaje!...

PEL. Es el que siempre he usado. El de la verdad.

JEN. Pues cualquiera diría que se ha contagiado usted con las doctrinas demoledoras de los tiempos presentes.

PEL. De mi lealtad á esta casa nadie podrá dudar. He envejecido en ella, ¡y se aman tanto los lugares donde se consume la vida!... ¡Pero, recuerde usted, señor don Jenaro, recuerde usted aquellos tiempos pasados! En-

tonces eran los obreros de la fábrica como los hijos del amo. Ni un disturbio, ni la menor inquietud.

JEN. El negocio tenía menos importancia y...

PEL. La sed de la ganancia era menor. Usted mismo lo ha dicho hace pocos momentos. Ahora la paz ha disminuido porque todos quieren aumentar el tanto por ciento de los productos.

JEN. Pero, ¿negará usted que nuestra industria decae? Yo, que he quintuplicado en otras épocas el capital de mi padre, veo hoy en merma mis ingresos.

PEL. Justo. El filón se agota y en vez de metal, brota de la mina agua, un torrente que amenaza inundarnos á todos.

JEN. ¿Todavía dirá usted que no se ha contagiado con la demagogia?

PEL. Repito que no me he contagiado con nadie. Es que veo de dónde proviene el mal y me preocupo de buscar el remedio.

JEN. ¿Poniéndose del lado de los trabajadores?

PEL. Poniéndome del lado de la razón.

JEN. De modo, que según su manera de pensar, ¡es digno de aplauso lo que ocurre en mis talleres! ¡Está bien que ese Gregorio, que come el pan de mi casa hace ya muchos años, vocifere contra ella; está bien que Miguel, ese muchachuelo desconocido que vive con la familia de Pascual, predique ideas disolventes; está bien que todo se descomponga y destruya, para que triunfen el desconcierto y la canalla!

PEL. ¡No, eso no!... ¡Dios me libre de semejantes desatinos, ni de fomentar el odio de clases! Pero, don Jenaro, ¡no echemos leña á la hoguera; no avivemos el incendio; tengamos prudencia!...

JEN. Y á propósito; ese Miguel, que se las echa de orador y perora casi á diario, ¿quién es? ¿de dónde vino?

PEL. Es de la familia del tío Pascual. Al quedarse viuda su hija, la pobre Micaela, que tuvo la desgracia de ver morir á su marido aplas-

tado por una de nuestras máquinas, llamaron al muchacho que estaba en Barcelona trabajando en una fábrica del Llano. Ya se ve, los pobres se encuentran tan mal... Por eso admití en los talleres al chico, que es vivo, inteligente, laborioso...

JEN. Pues, á pesar de todo, es necesario ahuyentarlo de aquí con cualquier pretexto. Me trae revueltos á los operarios. Y además la familia de Pascual me es antipática.

PEL. Como usted disponga.

JEN. Doblemos la hoja y vamos á lo que importa. Hoy es sábado, dentro de pocos momentos comenzará el pago. No se olvide usted de cumplir mi advertencia de la semana anterior.

PEL. ¿La rebaja de los jornales?

JEN. Eso mismo.

PEL. Yo haré lo que usted me ordene; pero no me parece la ocasión muy oportuna.

JEN. Pero es imprescindible. Consulte usted mis libros y verá como las reducciones se imponen. ¡Ah, otra cosa! Suspenda usted todo adelanto y liquide con los que tengan hechos anticipos. Se han marchado varios debiendo cantidades á la caja.

PEL. Malas noticias tengo hoy para la gente.

JEN. No hay remedio: es preciso evitar abusos y anormalidades.

PEL. ¿No podríamos dilatar?.. Los obreros andan ahora muy soliviantados y no es conveniente llevarlos hasta la desesperación.

JEN. Al contrario. Hoy no tienen fondos de resistencia y se someterán forzosamente. Ceder ahora sería tanto como confesar el miedo.

PEL. Por lo menos esperemos una semana.

JEN. Ni una semana; ni un día más. El orden se impone.

PEL. Se hará como usted desea. Voy á la caja, que pronto cesará el trabajo. (Al marcharse por detrás del mostrador.) ¡Orden, orden! El orden es como la salud, se pierde muchas veces por exceso de deseo en conservarle. (Vase.)

ESCENA X

DON JENARO, después JULIA y MICAELA

JEN. Decididamente, Peláez mira con más simpatía los intereses de los obreros que los míos propios. Pues, señor, todo el munde se siente ahora atacado del mismo mal, del mal de la filantropía, pero con el dinero ajeno, por supuesto. (Viendo entrar á Julia) ¡Ah, Julia!

JULIA ¡Muy buenas tardes, tío! (Le abraza.)

JEN. ¡Hija mía, qué tarde vienes! ¡Y sola!

MIC. No viene sola. La acompaño yo.

JEN. ¿Tú?

JULIA Sí; rogué á Micaela que viniese á buscarme y después me ha acompañado, también á ruegos míos.

MIC. Eso; me rogó que la acompañase y consentí en ello. No con mucho gusto, francamente, que á mí esta casa me entristece.

JEN. Pues es la casa donde ganan el pan los tuyos.

MIC. Y la casa donde se mató mi marido...

JEN. Se mató...

MIC. Sí; hay varios modos de buscar la muerte. Unos se levantan la tapa de los sesos de un tiro, y otros se engolfan en el trabajo y pierden la vida.

JEN. Hiciste mal, hija mía, en salir sin mi permiso.

MIC. No crea usted, que nada malo la ha pasado; estuvo en mi casa.

JULIA Sí, tío.

JEN. Que no vuelva á suceder. Cuando desees salir me lo adviertes. Te acompañará un criado.

JULIA Lo mismo da.

JEN. No da lo mismo. Tienes de sobra quien te sirva en casa.

MIC. Para servir si que no me comprometo. Necesito servir á mi gente, que es mucha.

JEN. Ni yo he solicitado nunca tus servicios.

JULIA Señora Micaela, haga usted el favor de subir á mi cuarto esas cosillas. Unas compras que he hecho. Espéreme allí, que he de darle un encargo; dentro de un momento soy con usted.

MIC. Corriente, esperaré. Pero que se sepa que yo no sonsaco á nadie... Usted me buscó, usted misma.

JULIA Sí, sí. Ande usted, en seguida subo.

MIC. Voy... ¡Qué se figurá este señor!... ¡A mí no me soborna nadie!... ¡nadie!... y de esta casa mucho menos... ¡Aborrezco esta casa! (Vase.)

ESCENA III

DICHOS menos MICAELA

JULIA Te has enfadado conmigo, ¿verdad que sí?

JEN. Enfadarme, no; pero, francamente, me disgusta que salgas sin mi licencia. La gentes de estos contornos, por lo mismo que nos deben grandes beneficios, no nos quieren bien. Y además, esa compañía no me agrada.

JULIA Micaela es una mujer honrada, muy amante de sus hijos.

JEN. No lo niego, pero no tiene buena voluntad hacia nosotros. Tú misma lo has oído de sus labios hace un momento.

JULIA ¿Quieres saber por qué la llamé? Pues, mira, como pretexto para ir á su casa...

JEN. ¿Pretexto?

JULIA Sí, pretexto. ¡Están tan mal los pobres!... Ya ves, la infeliz Micaela tiene cuatro chiquillos, cuatro que devoran, cuatro arrapiezos muy guapos, muy listos, eso sí; pero con hambre los pobrecillos y medio desnudos, que es una compasión de Dios... Mira, el más pequeño, que es rubio, gordinflón, coloradote, hermoso, me lo encontré con una camisita hecha girones y sin más ropa... Nada, la camisilla y gracias... Pues con aquel atavío, parecía el niño del San Antonio que tenemos en la iglesia. ¡Resaltaba tanto la blan-

cura de sus carnes por entre los sucios harapos de la camisa!

JEN. Bueno, pero...

JULIA Sí, ya sé lo que vas á decirme. Que el tío Pascual gana ocho reales en la fábrica. ¿Y qué son ocho reales para tanta boca? ¡Ocho reales, ocho reales!... Para pan no tiene bastante Paquito, el mayor, que es de la piel del diablo y que no hace más que correr detrás de los gorriones todo el santo día...

JEN. ¿Pero ese interés tuyo?...

JULIA Es natural, naturalísimo. ¡Me acuerdo tanto del marido de Micaela!... ¡No se borra de mi vista nunca el cuerpo de aquel hombre magullado, hecho trizas por la máquina...! ¡Qué horror!... ¡De mi memoria no se aparta el recuerdo de ese día!.. ¡Oí gritos en los talleres, tú estabas en ellos, temí una desgracia y bajé deprisa, jadeante, desalentada, llena de emoción y de susto al mismo tiempo! ¡Corrían de una parte á otra los trabajadores, con los ojos desencajados, la cara lívida, ansiosa, con ese ceño especial del que presiente una desgracia! ¡En la nave central, en aquella, había un círculo inmenso, tú estabas en el centro; dando empellones separé á los que me estorbaban el paso y ví al desgraciado, espirante, arrojando sangre á borbotones por cien heridas, revolviendo los ojos con angustias de muerte, y entregando su alma á Dios entre sufrimientos horribles, causados por aquel monstruo de hierro que continuaba impasible y soberbio su movimiento estrepitoso, haciendo retemblar el piso. ¿No te acuerdas de aquello? ¡Vaya si te acuerdas! Y sientes lástima... ¡vaya si la sientes!

JEN. Sí, me acuerdo. Pero aquel fué un incidente casual, una desgracia imprevista; muy lamentable, no lo niego, mas ya he hecho lo posible para remediarla adelantando á la viuda una cantidad y conservando al viejo en la fábrica, á pesar de que cada día tiene menos fuerzas físicas para el trabajo.

JULIA ¿Y crees que ya hiciste bastante por ellos?

No, tío mío, no. Una desgracia tan espantosa no se remedia con nada... Mira, vas á reirte de mí... Pues bien, cada vez que pienso en aquel infeliz destrozado por la máquina, me parece que su sangre va á caer sobre nosotros.

JEN. ¡Locuras!

JULIA Serán locuras, pero siempre que puedo, voy á ver á los hijos de aquel hombre, de aquella víctima anónima de esta guerra que los pobres tienen contra la miseria... ¡Sí, por los hijitos!... ¡Si tú los vieras! .. ¡Son tan simpáticos y tan agradecidos!... El mayor me vió entrar, ya te dije que se llama Paquito, me vió entrar y me saludó muy fino. Llevaba yo en la mano este bolsillo con dinero y una flor en el pecho; pues, ¿qué dirás que me pidió el pilluelo?

JEN. Dinero.

JULIA Me pidió la flor. Ya ves si es bueno: codicia más las rosas que las monedas.

JEN. Está bien. Suspende por un momento tus arrebatos de ternura. Eres mi sobrina, la única hija de mi difunto hermano, y ya sabes que te quiero mucho.

JULIA Sí, ya lo sé. Pero ¿á dónde vas á parar?

JEN. Déjame concluir. Puesto que te quiero como á una verdadera hija, te puedo hablar con franqueza, con suma franqueza. Yo me figuro que tu simpatía por esa familia tiene otra causa.

JULIA ¿Otra causa?

JEN. Sí, otra causa. Se sabe todo. Tú me hablas de Micaela, de sus chiquillos, de su padre... En aquella casa vive alguien más.

JULIA ¿Alguien más? No sé...

JEN. Sí sabes. En aquella casa vive ese mozuelo desvergonzado, desenvuelto, presumido; ese Miguel atrae tus miradas, lo sé; lo he conocido yo, y, como yo, otros varios.

JULIA No, tío, no.

JEN. Repito que sí. Ese obrero revoltoso, ese retórico de *meeting* te ha trastornado el cerebro como á todos los pobres diablos de este

pueblo que le oyen con un palmo de boca abierta. Las mujeres dotadas de una sensibilidad tan exquisita como la tuya, juzgais siempre con el corazón y os equivocais casi siempre; pero yo sé á qué atenerme sobre la bondad de esos reformadores que hablan de transformar la sociedad en una nueva Arcadia, cuando lo que realmente quieren es satisfacer sus propios apetitos.

JULIA Te equivocas, tío; Miguel es honrado.

JEN. No puede ser honrado quien no se resigna con su suerte.

JULIA ¡Si vieras cuánto se afana por mejorar la situación de toda la familia! Durante las horas que le dejan libre las faenas de la fábrica, se ocupa en enseñar á leer á los hijos de Micaela con una paciencia y una dulzura propias de un santo; y además les inculca á sus discípulos las mejores ideas.

JEN. ¡Buenas serán ellas!

JULIA ¡Qué mal le juzgas!

JEN. Le juzgo como se merece; de modo, que procura apartarte de ese hombre.

JULIA Pero si yo no siento hacia él...

JEN. A un viejo no se le engaña fácilmente; y contra esa debilidad tuya me opondré con todas mis energías. Vamos, Julia, es necesario que huyas de locuras irrealizables y de ensueños novelescos. ¡Atraerte un chisgarabís! ¡Un perdulario! ¡Un miserable! No me opongo á que tengas piedad para los huérfanos, cariño para su madre y respeto para el anciano; pero no medites en ese capricho pasajero que él fomentaría si lo conociese, aunque sólo fuera por codicia. ¡Qué más quisiera que alcanzar el cariño de la sobrina, de la única heredera de don Jenaro Crémades!

JULIA No entiendo; no sé lo que quieres decir.

JEN. Pues entiéndelo bien. Deseo que te separes de esa familia; piensa que ya empiezan á murmurar si miras ó no miras al descarado mozalbete, y si quieres evitar á tu tío un verdadero disgusto, desecha para siempre

esas quimeras, esas tonterías. Tus relaciones han de ser con personas que las merezcan...

JULIA Pero si yo... si yo... ya te he dicho...

JEN. Nada, nada; tú serás buena y obediente, lo sé. Esos arrebatos se disiparán, de fijo; lo comprendo. (Suena una campana con golpes continuados.) Ea, hija mía, sube, súbete á casa; es la hora de salida de los talleres, y hoy se paga.

JULIA ¡Hasta luego, tío! (Se despide con gran cariño.)

JEN. ¡Adiós, mala cabeza! (Dándole una palmadita en la cara Vase Julia.)

ESCENA IV

DON JENARO, á poco PELÁEZ que sale de la caja con BENJAMÍN, el cual sacará una lámpara que colocará encima del mostrador; después encenderá el farol central. Mientras tanto Peláez prepara el dinero y las listas de trabajadores

JEN. ¡Esta chiquilla! ¡Siempre soñando con lo extravagante, lo fantástico, lo novelesco! (Viendo á Peláez.) Ya es hora, Peláez.

PEL. Acaba de sonar la campana. Y tú, ¿estás listo? (A Benjamín, que se dirige á encender el farol.)

BENJ. En seguida.

PEL. ¿Tienes ahí las listas?

BENJ. Ahí están sobre el mostrador.

JEN. Por supuesto, que no se olvide usted de las rebajas que hemos acordado en los jornales, y sobre todo no deje pasar á nadie sin que liquide sus anticipos y sus deudas.

PEL. Pero...

JEN. No hay pero que valga; estoy resuelto á no dejarme ablandar ni por súplicas ni por amenazas. (Aparte.) El que quiera ser espléndido, que busque ocasión de disponer de lo suyo.

ESCENA V

DICHOS y LEANDRA, que entra tímidamente por el foro

LEAN. ¡Don Jenaro! ¡Don Jenaro!
JEN. ¡Eh!... ¿Qué deseas? ¿Qué quieres?
LEAN. Vengo á pedirle un favor. ¡Un gran favor!
JEN. ¿Otro?
LEAN. Es verdad, señor; otro... Mi hombre sigue en cama. El médico dice que no se mueva, y aunque quisiera el pobretico, ¡qué había de moverse!... Si está hecho un tronco.
JEN. Bueno, sí, ya me figuro... ¿Qué quieres?
LEAN. No se incomode usted, señor don Jenaro.
JEN. ¡Vamos, habla!
LEAN. Quisiéramos que diese usted orden en la caja para que nos adelantasen una semana... ¡una sola! Después, cuando mi marido estuviese bueno, podrían desquitarle... porque ya sabe usted que es honrado á carta cabal, que es incapaz de deber nada á nadie... Pero la enfermedad, la pícara enfermedad...
JEN. Yo no intervengo en eso.
LEAN. ¡Atiéndame usted, por Dios!
JEN. Allá tú con mis dependientes. Yo no puedo mezclarme en sus atribuciones.
LEAN. Yo le pido por la Virgen Santísima que no nos desampare. Considere usted, señor don Jenaro, que no tengo á nadie á quien recurrir.
JEN. ¡Allá esos! (Vase.)
PEL. Sí; allá nosotros, que somos los encargados de negar el dinero.

ESCENA VI

DICHOS menos DON JENARO

LEAN. (Después de un momento.) Señor Peláez, ya ha oído usted lo que dice el amo.
PEL. Sí, ya lo he oído.

LEAN. Y usted, ¿qué dice?

PEL. Pues figúrate lo que yo diré, y lo que callaré yo.

LEAN. Y, ¿va usted á darme esa semana adelantada?... Nada más que una semana. No pido otra cosa.

PEL. Hija mía, no puede ser. Tengo que cumplir las órdenes que acaban de darme.

LEAN. Pero mi marido está enfermo. Necesito medicinas... ¡Vamos, señor Peláez, tenga usted compasión del prójimo!

PEL. Yo no puedo remediarlo.

LEAN. ¡Un poco de caridad!

PEL. Repito que me es imposible... Y sepárate de aquí, que empiezan á llegar los jornaleros

LEAN. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Qué desgraciados son los pobres! (Vase en el momento que entran los obreros.)

ESCENA VII

PELÁEZ, BENJAMÍN, MIGUEL, PASCUAL, GREGORIO, RAFAELA, SINFOROSO, ANACLETO y los OBREROS 1.º y 2.º y otros varios. Los hombres en traje de trabajo, sucios y rotos, como gente que ha estado en los talleres todo el día. Los obreros van entrando poco á poco, y se agruparán al lado izquierdo. Durante el resto del acto este grupo conservará el movimiento natural que resulte de las situaciones y que indicará el diálogo

GREG. (Al entrar.) ¡La mujer del *Paneta* se marcha llorando! ¡Malo! Habrá pedido algo, y ¡claro! pedir á esta gentuza que chupa nuestra sangre... ¡Ya, ya! ¡Quién ablanda guijarros con ruegos!...

PEL. ¿Estamos todos?

GREG. Estamos algunos. Ahí vienen más. (Entran dos ó tres obreros y se sitúan en el grupo.)

PEL. Bueno, empezaremos. No sé cómo no hay más diligencia para cobrar. Parece que estais ricos, ó que os pesa en los bolsillos el dinero del jornal.

SINF. No es eso; es que los pobres nos vamos acostumbrando al ayuno.

GREG. Sí; empezamos á vivir del aire, como los camaleones. Así estamos de lucios y de rollizos... ¡Vea usted, vea usted, señor Peláez; el mejor día vamos á reventar de gordos!...

PEL. ¡Menos conversación!

GREG. ¡Justo, y más dinero!

PEL. ¡Anacleto Pérez!

ANAC. ¡Presente! (Se acerca con la gorra puesta.)

PEL. ¿Está su cuenta?

BENJ. Sí, señor. (Da el dinero á Peláez.)

PEL. ¡Toma!

ANAC. ¿Es bueno?

PEL. Aquí nunca se dió moneda falsa.

ANAC. De noche todos los gatos son pardos.

PEL. Pues mira tu dinero.

ANAC. ¡Y tanto como lo miraré!

PEL. Pero antes, firma.

ANAC. ¡Alto! Aquí me faltan dos pesetas.

PEL. No te falta nada. Ya se os dijo que desde esta semana se rebajaban los jornales. (Agitación y murmullos.)

GREG. Pero, ¿era cierto?

PEL. ¡Claro!

ANAC. ¡Otra rebaja! ¿eh? Con el jornal de antes mi familia no podía comer más que patatas, ¿qué va á comer ahora?

PEL. Otro. Firma. ¡Sinforoso Díaz! (Antes de Sinforoso ha firmado otro obrero.)

SINF. ¡Presente!

RAF. ¡Presentes los dos!

PEL. ¿Tú también?

RAF. Pues no, que le dejaré á éste llevarse la paga á la taberna para que se la gaste en vino, como la semana pasada. ¡En eso pienso!

SINF. ¡Que me faltas, Rafaela! ¡Que me faltas!

RAF. ¡Tu jornal sí que me falta muchas veces!

PEL. ¡Toma!

SINF. / RAF. ¡Venga!

PEL. Pero, ¿á quién se lo doy?

SINF. ¡A mí, que soy el jefe de la familia!

RAF. ¡Valiente jefe!

PEL. ¡Vamos, pronto, que estoy de prisa. Esas

disputas las dejais para cuando os encontreis en la calle ¡Toma tu jornal!

SINF. ¿Mermado? Pues estoy lucido. Antes no me alcanzaba y ahora tendré que mantenerme con alpiste como los pardillos. ¿Veis este jornal? Pues ni es jornal ni nada; lo debo todo.

PEL. ¡Firma!

SINF. No se firmar.

RAF. Pon una cruz.

SINF. ¡Qué mayor cruz que tú!

GREG. Y debajo, *requiescat in pace.*

SINF. Compañeros, hasta la vista. (Vanse los dos.)

RAF. Espera.

BENJ. ¡Gregorio Roca!

GREG. Aquí estoy. Venga esa limosna.

PEL. Es el importe de tu trabajo. No es una limosna.

GREG. Pues lo parece.

PEL. Ea, pocas palabras.

GREG. ¿También poco de eso? Poco dinero, poca conversación, pocas palabras... De lo único que hay mucho es miseria y fatigas. Pero punto en boca. A sufrir, puesto que somos corderos.

PEL. Ten cuenta con lo que dices.

GREG. ¿Cuidado yo? ¿De qué? Hablo porque quiero; me sulfuro porque tengo razón, somos unos esclavos, sí, todos esclavos y nos deben tratar á latigazos ..

VOCES (En los grupos.) ¡Cierto! ¡Cierto!

VOZ ¡Y nos matarán!

GREG. ¡Vaya si nos matarán! Nos matarán de hambre. ¿No lo estais viendo?

PEL. ¿Tienes ganas de armar camorra? Guarda tu paga y vete.

GREG. Sí, me iré, me iré de francachela con estos miserables ochavos, con los cuales se pagan mis esfuerzos de toda una semana.

PEL. Tenemos prisa, faltan muchos.

GREG. Tiempo tienen de enriquecerse estos millonarios. Tened calma, compañeros. ¡Hay para todos! Ya cogereis esas pesetas, con las cuales vuestros hijos se darán el lujo de

comer pan hasta el miércoles. Después Dios dirá, ó se hará el sordo como otras veces.

PEL. Gregorio, te suplico que calles y nos dejes continuar. Yo no hago más que cumplir las órdenes que se me han dado.

GREG. Silencío, ¿eh? Ya estoy harto de sufrir en silencio. Quiero mi jornal completo, mi jornal íntegro, ¿lo entiende usted?

PEL. Repito que no puede ser. Los negocios andan mal, y don Jenaro, aunque es un hombre honrado, se ve en la triste necesidad de reducir los jornales.

GREG. La honradez de don Jenaro, ya se yo hasta dónde llega. De eso tengo yo mejores noticias que nadie y hablaré cuando llegue el caso.

PEL. Puedes hablar cuanto gustes. Pero todo lo que tengas que decir se lo dices á él.

GREG. Pues á él se lo diré. Que venga don Jenaro. No me asusto. ¡No se comerá los hombres crudos!

ESCENA VII

DICHOS y DON JENARO

JEN. ¿Qué pasa? (Al aparecer don Jenaro, los obreros retroceden algunos pasos y se descubren en señal de respeto á excepción de Gregorio y Miguel.)

GREG. Pues pasa que se me ha rebajado el jornal y que esto es un robo.

JEN. ¡Esas palabras!...

GREG. Yo hablo en castellano, á Dios gracias.

JEN. ¡Tú habías de ser el autor del escándalo!

GREG. Yo pido lo que es mío, lo que he ganado con el sudor de mi rostro y no consiento que nadie me lo escamotee.

JEN. ¿Faltas al respeto á tu amo?

GREG. Y usted falta al respeto á mi salario.

JEN. Si no lo quieres así lo dejas. Hemos concluido.

GREG. Todavía no hemos empezado. (Al retirarse.)

PEL. Otro. ¡Pascual Vicente!

PAS. Aquí estoy. Ahora que se encuentra presente don Jenaro, quisiera rogarle que no me desquitasen el anticipo.

JEN. No puede ser.

PAS. Soy un antiguo obrero, el más antiguo de la fábrica, y creo que bien merezco que el señor don Jenaro me atienda.

JEN. ¡La canción de siempre! No hay paciencia que sufra esto. ¿Creéis que tengo yo una mina en mi casa ó que acuño dinero por mi cuenta? Si impongo reducciones, si me veo obligado á suspender los anticipos, es porque no puedo pasar por otro camino.

PAS. Lo considero, pero atienda á mis súplicas. El señor don Jenaro no puede negarse á lo que es justo.

PEL. Aquí está lo suyo.

PAS. ¿Qué voy á hacer con esto? ¡Si con el jornal mío y con el de Miguel no teníamos para empezar! Vea, vea en conciencia, señor don Jenaro, si con esta cantidad pueden alimentarse siete personas

JEN. Ya he dicho que no puede ser. De acceder á tu ruego tendría que acceder á los demás y eso no es posible. Toma.

PAS. De nuevo suplico...

JEN. ¡Basta! ¡No hay calma que resista! Ahí tienes tu dinero. (Lo deja con fuerza sobre el mostrador y caen algunas monedas al suelo.)

MIG. ¡Miserable! (Avanzando con ímpetu hacia don Jenaro.)

PAS. ¡Hijo!

JEN. ¿Me insultas?

MIG. ¿No he de insultar? ¿No he de sentir furor?

JEN. Pues no te lo consiento.

MIG. Ni yo consiento tampoco que se injurie en mi presencia á un pobre anciano.

PAS. ¡Miguel!

MIG ¡Por favor, padre! No ruege usted más. Estas gentes no tienen corazón.

JEN. Concluyamos de una vez.

MIG. Concluyamos. Pero antes venga lo suyo, lo que ha ganado.

JEN. Ahí lo tiene.

MIG. Está en el suelo. Y el jornal debe entregarse en la mano, en la propia mano que lo ganó.

PEL. Tome usted. (Recogiendo y dándoselo.)

MIG. Así.

JEN. ¡Eres soberbio!

MIG. Soy digno. Aunque pertenezco á este rebaño, á este infeliz rebaño que os enriquece, ya estoy harto de sufrir sobre mis espaldas la cayada del pastor. (Los obreros, cuando habla Miguel, hacen señales de aprobación.)

JEN. Pues tienes libertad. No vuelvas á mis talleres. No vuelvas, ni tú ni los que como tú piensen.

MIG. No volveremos, ¿y qué? Basta ya de miseria vergonzante, de miseria disimulada con un salario mezquino. Vale más el hambre sin esperanza que empuja al delirio, que no el hambre lenta que convierte en esqueleto al cuerpo y en sierva al alma.

GREG. ¡Bien dicho!

JEN. ¿Vas á perorar? (Con ironía.)

MIG. Ni befa, ni burlas. Nadie tiene derecho á injuriarme, ni yo soy de los que aguantan insultos.

VOCES (En los grupos.) ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

PAS. ¡Miguel! ¡Quieto, hijo!

PEL. ¡Calma!

JEN. ¿Váis á atropellarme? Sería hazaña digna de vosotros... Pero tened cuidado que todavía conservo vigor en los puños y aliento en el corazón para no dejarme intimidar por las amenazas de cuatro miserables.

GREG. ¡Nos insulta!

ESCENA ULTIMA

DICHOS: JULIA y MICAELA por la puerta izquierda. La última debe llevar un lio con ropa

JULIA. ¿Qué sucede? (¡El!)

JEN. Nada, hija mía. Que ese mozuelo se me sube á las barbas.

MIG. Mucho, señorita. ¡Que su tío de usted ofende á mi padre!

JEN. ¡Su padre! ¡Padre postizo!

MIG. Por padre le considero, como á tal le quiero Le escogió mi voluntad. Hasta ese mérito tiene. No me le impuso la Naturaleza. Le buscó mi cariño.

JULIA ¡Por Dios, tío! No te irrites, no hagas caso.

JEN. Dentro de mi casa nadie da gritos. A la calle el que no esté conforme con mis órdenes. Y tú, soberbio mozo, lejos de aquí con tu padre advenedizo. Busca patrono menos duro que yo que te dé pan.

JULIA ¡Por favor, tío!

JEN. Es inútil.

GREG. ¡Infame!

PAS. ¡Nos arroja! ¡A mis años!

MIG. ¡Animo!

MIC. ¡Nos maltratan! Señorita, tenga usted sus regalos. No me hacen falta. Para morirme de hambre no necesitan mis hijos sus obsequios. (Tira el lío.)

JULIA ¡Tío de mi alma, por mí!

JEN. No insistas.

JULIA ¡Por ellos, por él!

PAS. ¡Don Jenaro!

MIG. No suplique usted, ni usted. Vamos, sí. Todo lo que hoy sucede confirma mis opiniones, mis creencias.

JEN. ¡Fuera! ¡A estos ingratos hay que domarlos!

MIG. ¡A estos hay que vencerlos!

GREG. ¡A estos hay que destruirlos!

PEL. (Recogiendo en el cesto la moneda.) ¡Y la culpa de todo la tienes tú, miserable dinero! (Telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el interior de una tienda de un pueblo, donde se venden comestibles y bebidas. Puerta al foro, que comunica con el campo y puertas laterales. A la izquierda el mostrador de despacho. Mesas y sillas, en las que están sentados varios parroquianos con trajes de obreros en día de fiesta. La señora Antonia detrás del mostrador, que abandona de cuando en cuando, para llevar copas de vino á los que se las piden. Al levantarse el telón, sólo estará ocupada una de las mesas, la más distante del mostrador.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y OBREROS

OB. 1.º ¿Eh? Señora Antonia, otra ronda por mi cuenta.

ANT. Allá voy.

OB. 1.º Hay que santificar las fiestas.

OB. 2.º Bien dicho.

ANT. (Sirviendo las copas.) Aquí está el vino.

OB. 1.º ¡Bendito sea su nombre!...

ANT. ¿Y qué hay de nuevo por la fábrica?

OB. 2.º Pues nada de nuevo. Los compañeros despedidos siguen en huelga, y el amo *erre que erre* en que no vuelve á recibirlos.

ANT. ¿Y vosotros?

OB. 1.º Nosotros, ¿qué hemos de hacer? Trabajar. Para eso han nacido los pobres.

ANT. Es lo mejor.

Ob 2.º Pero dicen que hoy verán á D. Jenaro algunos trabajadores para arreglar el asunto.

Ob. 1.º Falta hace. (Cogiendo una copa.) A tu salud.

Ob. 2.º A la tuya. (Beben.)

ESCENA II

LOS MISMOS y MICAELA, que entra por el foro

Mic. Buenas tardes.

Ant. Muy buenas te las dé Dios.

Mic. Aquí me tiene usted para rogarle que me dispense si no le pago mi trampa; pero yo no sé dónde vamos á parar. Hace mes y medio que mis hombres no trabajan, y no nos queda ni un céntimo para cubrir las atenciones más precisas. Los chiquillos están desnuditos. Sí, señora Antonia, pasamos hambre, hambre, como usted lo oye.

Ant. Pues, hija, lo siento mucho, pero yo tampoco vivo del aire, y como no me pagues, no pienses en llevarte nada de mi casa. ¡También yo tengo mis apuros!

Mic. ¡Sí, lo comprendo! ¡Vaya si lo comprendo! La culpa la tiene ese lobo, que se comerá á todos los pobres del pueblo.

Ant. ¿De quién hablas?

Mic. ¿De quién he de hablar?

Ant. ¿De don Jenaro?

Mic. Del mismo. ¿Qué va á hacer mi pobre padre? ¿Echarse á correr por esos mundos adelante? Porque de la fábrica le han despedido y no quieren admitirle. Miguel es joven, fuerte, listo y puede ir en busca de trabajo. Pero mi padre y yo con mis cuatro pequeñuelos, ¿qué hacemos? Morirnos en un rincón hambrientos y desesperados.

Ant. No hay motivo para desesperarse.

Mic. ¿Que no hay motivo? ¿Puede ser nuestra vida más perra y más miserable? Desde que nacemos nos acecha la miseria y vivimos y crecemos en lucha contra ella. Mi padre era un infeliz trabajador; desde chica me ro-

dearon las necesidades, las mismas necesidades que siento ahora al hacerme vieja. ¿Y esto es vida? ¿Y esto es mundo? Pues prefiero morirme, sí, morirme, aunque mis hijos se queden sin madre, solos, abandonados... Para el pobre no hay más descanso ni más felicidad que los de reposar eternamente sobre la tierra húmeda del camposanto.

ANT. Hija, estás fúnebre.

MIC. Más que eso, estoy colérica. ¡Si yo fuera hombre!... ¡Si yo fuera como esos! Mírelos usted (Señalando á los bebedores.) tan satisfechos, tan tranquilos, gastando en copas los pocos cuartos que les quedan, mientras sus familias apenas si tienen pan que llevarse á la boca. ¡Cobardes! Les rebajan el jornal, des piden á sus compañeros, y vuelven á la fábrica á besar la mano que les azota... ¿Y son hombres esos? ¡Mentira!

ANT. ¿Y qué iban á hacer?

MIC. ¿Qué? Todo antes que seguir sufriendo resignados tantas miserias. Pero no haya miedo que se rebelen. No. Que os explote el amo, que os chupe la sangre, que os exprima el jugo... Lo merecéis, lo tenéis bien ganado.

UN OB. (De los que beben.) Señora Antonia, venga vino.

ANT. Allá va. Y tú déjame en paz á los parroquianos. Ya sabes que no me gustan riñas ni pendencias.

MIC. ¡Que los deje en paz! Más en paz... Pero ellos debieran estar en guerra.

ANT. Pues á tiempo dices eso. Precisamente desde esta mañana andan revueltos muchos de los obreros, y hablan de si van á ver ó no van á ver á don Jenaro, y de si habrá ó no habrá jarana.

MIC. No harán nada. Tienen horchata en las venas.

ANT. Pues tu Miguel bien se mueve.

MIC. ¡Ese es de los míos! Nada de blanduras ni de miramientos. Al que nos tasa el pan, hay que tasarle la compasión. ¿Quieren paz? Pues venga comida; porque no puede haber

paz mientras estén unos hartos y otros desfallecidos.

ANT. Mira, Micaela, ¿sabes lo que te digo? Que á mi no me gustan estos enredos. Deja al mundo correr, y conténtese cada cual con su suerte. Hay que tener mucha conformidad.

MIC. Justo. Y mucha gente en la taberna.

ANT. ¿Chungas, eh? Anda, vete con Dios, que no tengo ganas de bromas. Si fueras agradecida, no vendrías á mi casa á insultarme.

MIC. Pero...

ANT. Y no pienses en llevarte de aquí ni una hogaza mientras no me traigas los cuartos. El que no tenga que comer, que se roa los codos ó que reviente.

MIC Está bien. ¡Adios! (Al salir tropieza con Sinforoso que entra un poco ebrio.) ¡Borracho!

ESCENA III

ANTONIO, SINFOROSO y OBREROS

SINF. ¿Borracho? ¡Todavía no!

ANT. No haga usted caso. Está loca.

SINF. Buenas tardes, compañeros.

TODOS Buenas tardes.

SINF. Yo convido.

OB. ¿Tú?

SINF. Yo, sí. Mi mujer dudaba entre si había de pagar al tendero ó al panadero. Yo he resuelto la cuestión dejando á los dos iguales. No se paga á nadie y *laus Deo*. Cuando el jornal no alcanza para comer, se bebe. La he quitado los cuartos, y aquí están. (Sonando las monedas en el bolsillo del pantalón.) ¡Para vino! ¡Y viva la clase obrera!

LOS OB. ¡Já, já, já!

SINF. ¡Y que rabie la parienta!

ANT. ¿Qué echo?

SINF. Vino, mujer, vino. Eso no se pregunta. El vino es la igualdad Les gusta á los marqueses, á los *condeses*, á los burgueses y á los *méndigos*. Hay que dejar sin vino á la aris-

cracia y á la burguesía. Así empezamos la revolución social. ¿Que ellos tienen palacios y riquezas? Corriente; pues nosotros tenemos mosto, y váyase lo uno por lo otro. ¡Viva el vino! (La señora Antonia sirve unas copas.)

UN OB. Siéntese usted, tío Sinforoso.

SINF. (Tomando una copa en la mano.) ¿Que me siente? No quiero. Estoy en el uso de la palabra, y á un ciudano libre no se le interrumpe la palabra más que para beber... (Bebe.) He dicho.

ANT. ¿Y qué hay de cosas, tío Sinforoso? ¿No es usted de los de la comisión?

SINF. Yo no me mezclo en nada, por ahora. En la plaza quedan Gregorio y otros compañeros hablando de ir á ver á don Jenaro. Pero yo no quiero trabajar los domingos; prefiero alegrarme un poco. ¡Conque, venga otra copa!

ANT. ¿Los abandona usted?

SINF. ¡Eso, nunca! ¡Guerra á los explotadores del trabajo! ¿Lo entiende usted, señora Antonia? Y en cuanto vengan los míos... (Con énfasis.)

ANT. ¿Qué van ustedes á hacer?

SINF. ¿Qué? Declarar libre el consumo del vino

OBS. ¡Bien, bien!

SINF. Yo bebo y no pago... Tú bebes y no pagas... Ese bebe y no paga.

ANT. No será en mi casa.

SINF. En esta y en todas... El vino libre en el Estado libre. Ese es mi lema. (Sentándose.) ¿No os parece bien?

OBS. ¡Y tanto!

ESCENA IV

DICHOS é INDALECIO, que viste de militar y lleva la licencia

IND. ¡Muy buenos días, patrona!

ANT. (Reparando en él.) ¡Calle, Indalecio!

IND. ¡El mismo!

SINF. (A los obreros.) ¡Un representante de la tiranía!

IND. (Acercándose á los obreros.) ¡Hola, paisanos!

SINF. (Sin volver la cabeza.) ¡Hola!

IND. Pero, ¿no me conoce usted, tío Sinforoso? ¡Soy yo, Indalecio, el hijo del tío *Pesadumbres!*

SINF. Sí, ahora caigo; digo, no; ahora me levanto. (Se levanta y le da la mano.) ¿Una copa?

IND. ¡Venga!

TODOS ¡Indalecio! (Le saludan también.)

ANT. ¡Está hecho un real mozo!

IND. ¡Tal vida he llevado!

SINF. Sí, ¿eh? ¡Has bebido bien!

IND. Eso no; lo prohibe la ordenanza.

SINF. ¡Qué barbaridad!

ANT. ¿Conque se pasa buena vida en la corte?

IND. ¡Ya lo creo! Cuando salí del pueblo estaba harto de trabajar en el campo, escuálido, entontecido; pero á los cuatro meses de llegar á Madrid y de haber ingresado en un regimiento, era otro hombre. La vida holgada y el buen rancho me probaron admirablemente. ¡Lástima que se haya acabado la ganga!

ANT. ¿Has cumplido?

IND. Sí, señora.

SINF. ¿Y ahora al campo otra vez á darle á la azada?

IND. ¡Eso, nunca! Cualquiera me sujeta á esa faena. Por el mundo á ver tierras. Yo he servido á la patria, y ya no quiero doblar de nuevo el espinazo. Antes de volver otra vez al campo, prefiero hacerme contrabandista... ¡qué sé yo! cualquier cosa. Vengo al pueblo á dar una vuelta, á ver á mis padres, y á lucir mi persona y mi uniforme. (Con fatuidad.) Me sienta bien, ¿verdad?

ANT. ¡Mucho que sí! ¡Vaya si te favorece el traje de militar!

IND. Este traje favorece siempre. (A los obreros.) Y vosotros, ¿qué hacéis? ¿Trabajar por no perder la costumbre?

OBS. ¡Qué remedio!

SINF. (Bebiendo.) Hay que pasar la vida á tragos.

ANT. Ahora andan un poco revueltos los trabajadores.

Ind. Ya los he visto esta mañana. Son unos tontos. ¡Si viérais lo que me he acordado de vosotros en Madrid!... Cuando yo veía aquellos trenes, aquella opulencia, aquel lujo y tantos desocupados como andan por las calles noche y día, pensaba en los pobres de la fábrica y en los desgraciados del campo, dándole desde que amanece al yunque ó al azadón para comer de cualquier modo, cuando comen. Pero vosotros no sabéis lo que es mundo, ni vida, ni nada. Estais ciegos. Pues si lo supiéseis, ¡válgame Dios la que armábais en un momento! ¡Y aún dicen que se acabó la esclavitud! La de los negros, podrá ser. ¡Lo que es la de muchos blancos, continúa.

Sinf. ¡Choca, compañero! Tú eres de los míos.

Ind. ¿De los suyos? Se engaña usted, tío Sinforoso. Yo soy, ó por lo menos, yo fuí de los que pegan. Pues si no fuera por nosotros, acaso ocurría cualquiera atrocidad el día menos pensado; pero para tener á raya á los revoltosos están los soldados, y nos dan fusiles y cartuchos

Sinf. Pero tú eres hijo del pueblo, como nosotros.

Ind. Antes de ingresar en las filas. Después somos esclavos de la ordenanza, y si los jefes nos dan la orden, hacemos fuego contra nuestra propia familia.

Ant. Tienes razón; pues aún hay en el pueblo tontos que hablan una porción de barbaridades contra los ricos.

Ind. ¿También aquí? Allá por la corte hay mucho de eso; jornaleros que hablan como los diputados. Hombres de blusa que se reunen para charlar como en las Cortes, y mucho gritar contra los abusos del capital... Pero, en sustancia, nada. Los ricos siguen viviendo en sus palacios y los pobres se mueren en el hospital, cuando hay camas sobrantes.

Sinf. ¡Eso, eso! Lo mismo dice Miguelillo!

Ind. ¿Y quién es Miguelillo?

ANT. ¿No te acuerdas de él? Pues si le conoces mucho. El tío Pascual tuvo una hija muy guapa, Leonor, que hace muchos años desapareció del pueblo. Hay quien dice que si la muchacha tuvo ó no tuvo un desliz, y, aunque de fijo nada se sabe, las malas lenguas así lo aseguran. Lo cierto es que á los pocos años de su ausencia, el tío Pascual se trajo al pueblo un chiquillo que sacó del Hospicio de Madrid.

IND. ¡Ahora recuerdo!

ANT. Pues ese muchacho se fué á Barcelona á aprender un oficio y volvió hace dos años, cuando ocurrió la desgracia del marido de Micaela; pero con unos humos en la cabeza y unas ideas, que á todos estos infelices les marea y les emboba.

SINF. (Ofendido.) ¡Nos mareá, nos marea! ¿Y usted qué sabe de eso, señora Antonia?

ANT. No sé nada, ni ganas.

SINF. Entonces, punto en boca. No se meta á hablar de lo que no entiende. Usted á traer copas y á administrar al vino el santo sacramento del bautismo. Miguel es un compañero leal, instruído y valiente. No tiene más que un defecto. ¡No le gusta el vino!

IND. ¿De modo que es él quien trae soliviantados á los operarios de la fábrica?

ANT. El mismo.

IND. Pues ya me explico el por qué andan los obreros recorriendo las calles y cantando una canción.

SINF. *El pan del pobre.* Un himno que nos ha enseñado no sé quién. Todo el día están con el pan en la boca, y eso que muchos ni siquiera lo prueban.

ANT. ¡Cuánta locura!

IND. Tiene usted razón.

SINF. ¿Y por qué es locura?

IND. Porque si escuchan los consejos de Miguel y en vez de ir al trabajo conformándose con el jornal que les quieran dar, andan gritando por el pueblo y acaban por hacer una barbaridad en la fábrica, el gobierno envía

tropas contra los obreros, y en menos que canta un gallo les dan un pié de paliza de padre y muy señor mío.

SINF. Eso lo veríamos.

IND. Como si usted lo viera.

ESCENA V

DICHOS y PACO que entra por la puerta del foro

PACO ¡Señora Antonia! ¿No está aquí mi madre?

ANT. ¿Y quién es tu madre?

PACO ¿Pues quién ha de ser? Micaela, la del tío Pascual.

ANT. No, no está. Hace muy poco que se marchó.

PACO Mis hermanos y yo la estamos esperando. Dijo que iba á buscarnos la comida; pero aún no ha vuelto y ya son las tres de la tarde.

ANT. ¿Y para qué la quieres?

PACO Para comer, queremos comer.

SINF. ¡Toma vino!

PACO No me gusta.

SINF. ¡Ignorante! ¡Lo que son las criaturas!

IND. Toma, (Dándole una moneda.) para tí.

PACO (Rechazándola.) ¡Yo no pido limosna!

ANT. ¡Habrá arrapiezo!

IND. No es limosna, es un regalo.

PACO Si es regalo, venga. El tío Miguel no quiere que pidamos nada á nadie.

ANT. ¡Vaya un orgullo!

PACO Señora Antonia, deme usted...

ANT. ¿Qué quieres, una libreta?

PACO No, un bollo. Me gustan más los bollos que el pan.

ANT. ¿Y tus hermanos?

PACO A mis hermanos ya les llevará de comer mi madre. Yo quiero un bollo.

ANT. No hay bollos. Conque toma un panecillo, llévalo á casa y repártelo entre tus hermanitos.

PACO Lo repartiré, bueno. (Aparte.) Pero yo me como la mitad en el camino.

ANT. ¿Qué dices?

PACO Nada. (Aparte.) ¡Vaya si me la como!

ESCENA VI

DICHOS, después MIGUEL, GREGORIO, PASCUAL y ANACLETO seguidos de muchos obreros que se repartirán por la escena

OB. 1.º ¡Cuanta miseria!

IND. Pues señor, esto no va conmigo. ¡Yo me marcho en seguida! ¡Quién pudiera volver al cuartel! (Se oye á lo lejos cantar en coro la canción EL PAN DEL POBRE, cuyos sonidos se aproximan cada vez más, hasta que se oye clara y distintamente la letra que se copia más adelante.)

ANT. Hacia aquí vienen los de la fundición.

SIN. ¡Bravo por los compañeros! ¡Otras copas, señora Antonia!

ANT. ¡Voy!

IND. ¡Pobres gentes! (En este momento se escucha la siguiente canción.) (1)

Los hombres del trabajo
tienen que conquistar
en lucha decidida.
en lucha atroz el pan.
Cansado de martirios,
cansado de aguantar,
odiosos privilegios
el pueblo ha de borrar.
Luchemos con tesón,
sepamos resistir.
y llegue la ocasión
de vencer ó morir.

SIN. (Ya casi borracho.) ¡Por aquí, amigos míos!

OBRERO ¡Adelante!

ANAC. (Entrando.) ¡Vivan los hijos del trabajo!

TODOS ¡Vivan! (Indalecio saluda á muchos obreros en voz baja y con muestras de grande efusión.)

---

(1) En las representaciones de esta obra, el himno cantado fué expresamente compuesto por el aplaudido maestro Arnedo, director de la orquesta del teatro de Novedades A los aplausos con que el público acogió la inspirada composición, unen los autores del drama su modesta y pública manifestación de gratitud.

GREG. Creo, compañeros, que no cabe duda acerca de las intenciones de nuestro amo, si Anacleto dice verdad.

ANAC. Anaclelo no miente nunca. Don Jenaro ha decidido cerrar su fábrica si no nos sometemos á sas condiciones.

GREG. ¿Y cnáles son?

ANAC. No admitir á los obreros despedidos y mantener la rebaja de los jornales.

MIG. ¿Vosotros aceptáis esas condiciones?

TODOS ¡No, nunca!

GREG. Pues entonces es necesario reunir esta mis ma tarde á todos los compañeros y excitarlos á la resistencia.

TODOS ¡Eso, eso!

PAS. ¡Basta! Yo no quiero ser cómplice de vues tros desatinos.

MIG. ¿Qué dice usted, padre?

PAS. Que he sido siempre enemigo de la violencia; que siempre he respetado al que manda, y que á mi edad no quiero cambiar de conducta.

GREG. Pero...

PAS. (Con energía.) ¡Nada! Yo no predico la ruina ni el exterminio de mis semejantes, y eso que he luchado á brazo partido con la miseria toda mi vida, y he visto morir, destrozado por las ruedas de la máquina, á uno de los míos.

MIG. Pues por eso mismo.

PAS. ¡De ningun modo! Hijos mios: el tío Pascual, este viejo infeliz, tan desgraciado, más desgraciado que vosotros, os lo dice. Ahí tenéis á un militar (Señalando á Indalecio), preguntadle si sabe lo que es orden, lo que es disciplina, lo que es Patria. ¿Porque un avaro quiera explotar nuestro sudor, beber nuestra sangre, vamos á ser rebeldes? Yo nunca.

TODOS ¡Nosotros sí, nosotros sí!

MIG. ¡Padre, padre!

GREG. Señor Pascual, ¿dónde aprendió usted esas cosas?

PAS. ¿Sabéis dónde? En el campo de batalla; peleando por mi bandera y por la gloria

de mi país. Cuando allá en las tierras de Africa, á pesar de estar casado y con hijos, ingresé en el batallón de provinciales y vertí mi sangre y expuse cien veces mi vida, no pensé nunca, al obedecer á mis jefes, en que eran únicamente mis superiores, sino en que eran además mis compatriotas; cuando peleaba con saña enfrente del enemigo no se me ocurría jamás que en mi nación hubiese pobres y ricos, señores y esclavos; sólo pensaba en que había españoles, y en que yo, aunque humilde soldado, era uno de ellos. Entonces, ansioso, frenético disparaba mi fusil contra las hordas morunas y miraba sin miedo á la muerte, una muerte que vendría no sólo acompañada de estampidos, de ayes de dolor y gritos de rabia, sino también de bendiciones; las bendiciones dedicadas á sus hermanos por los que tenían la dicha de vivir en tierra española. (Pausa.) ¿Qué? ¿No os parece justo lo que digo? ¿No os parece oportuno?... (Silencio general.)

GREG. Les parece que á su casa no pueden llevar pedazos de esa gloria para echarlos en el puchero. Les parece que sus hijos están desnudos, y qne para cubrir sus carnes hay poca tela con la tela de la bandera nacional.

TODOS ¡Bien, bien!

GREG. Todas esas cosas son ilusiones de viejo, señor Pascual. Esto no se arregla con palabras bonitas.

PAS. ¿Os burláis de mis respetos? ¡Es natural! Hoy no se respeta nada, y así anda ello. Pero por mucho que os burléis de mí, siempre resultará que sois más ignorantes que yo. ¿Qué sabéis vosotros de la vida, si la vida no se comprende hasta el momento en que se acaba?

GREG. Pues á este paso pronto concluye la nuestra. Y concluye de hambre.

TODOS ¡Cierto, cierto!

PAS. Lo que puedan mis ruegos, mis súplicas, mis mandatos, eso pondré contra vuestra

locura. No me opongo á que pidamos justicia, pero pidámosla con calma y con moderación.

Greg. ¡Eso! ¡A lamer la mano que nos abofetea!

Pas. No; á obedecer la mano que nos guía.

Ind. (*Acercándose á Pascual.*) Tiene usted razón. Sí, la tiene. Sois todos unos insensatos. ¿Qué vais á conseguir con amotinaros? ¿Queréis saberlo? Pues que mañana ó dentro de algunas horas vendrá un piquete de soldados y os harán entrar en cintura. Si os resistís, fusilarán á unos cuantos desgraciados, y aquí paz y después gloria. ¡Mentecatos!

Mig. ¿Y quén asegura eso? ¡Tú! Ya te transformó el uniforme. Eres soldado, paseante en fila por las calles, viviste en el cuartel, y ya se te olvidó que tu padre come el pan negro del trabajo, mucho más negro que el de munición; que tus hermanos están en la miseria; que la tierra no les da sus frutos, á pesar de que son ellos los que la riegan con sudores de sangre. ¡Y somos nosotros los mentecatos y tú el listo!... Tú sabes más... Ya lo creo... ¡Como que sabes humillarte sin dolor de corazón!

Greg. ¡Adelante!

Todos ¡Sí, sí, adelante!

Ind. ¡Locos!

Pas. ¡Miguel! (*En actitud de súplica.*)

Mig. ¡Padre! (*Vacilando.*)

Greg. ¿Vacilas? ¿Callas? ¿Las palabras del abuelo te hacen mella ó es que te acobardan las amenazas de Indalecio? Ya no eres aquel muchacho bravío que nos predicaba la resistencia.

Mig. Te equivocas. Yo soy siempre el que fuí, lo que deseo que seais todos vosotros. Ni me resigno á sufrir la esclavitud de la miseria, ni quiero que nadie se resigne á soportarla. Mi abuelo habla con debilidad porque es anciano; pero esa debilidad no puede apaciguar los bríos de mi juventud.

Greg. ¡Así te queremos todos!

Pas. ¡Te pierdes y nos pierdes!

MIG. ¿Y qué vamos á perder nosotros? La vida. ¡Cosa dulce es nuestra vida, entre el taller lleno de negruras y la casa llena de necesidades!

PAS. Pero repara...

MIG. En nada. Si se nos cierra de nuevo la entrada de la fábrica, la asaltaremos; si se nos niega el salario que es nuestro, el salario que nos quieren robar, lo tomaremos.

TODOS Sí, sí.

PAS. ¡Tercos! ¡Soñadores!

MIG. ¡Quieren guerra! ¡Pues guerra sin cuartel; una guerra implacable, de fieras!

IND. Ya os domarán.

MIG. ¡Que prueben! Nos empuja la desesperación y la desesperación es más poderosa que todos los ideales juntos de la tierra. Si nosotros somos vencidos, otros llenarán nuestros huecos; si nosotros caemos en la lucha, otros nos vengarán.

PAS. ¿Dónde aprendiste á aborrecer?

MIG. ¿Dónde?... En el taller, viendo que yo, rindiéndome de fatiga gano una peseta, y el amo, descansado, gana un millar. En la casa, viendo que yo como poco y mal por ser trabajador y otros comen mucho y bien por ser holgazanes .. En la calle, recogiendo desprecios é insultos de aquellos mismos que se elevan por mis fuerzas. ¡Pues si el odio se respira, está en la atmósfera, se mete en nuestras venas, circula con nuestra sangre! ¡Odio, sí; un odio inacabable, mortal, eterno!...

GREG. ¿No lo calma ni el amor?

MIG. ¿Qué quieres decir? ¡Cuidado, Gregorio!

GREG. No te exaltes. Pero como dicen que la sobrina de don Jenaro está enamorada de tí y que tú la correspondes...

MIG. ¡Mienten, mienten!... Y aunque así fuera. Yo no cedo nunca, nunca, ¿lo entiendes? Y en prueba de ello no vacilemos más.

GREG. Sí, basta de contemplaciones.

MIG. Reunamos á nuestros compañeros y exijamos de una vez que se resuelva la cuestión.

Ni hemos de morirnos de hambre resignados, ni hemos de sufrir tampoco más humillaciones. (Desde este instante grande agitación hasta la salida, que se hará en tropel y con mucho vocerío.)

TODOS ¡Nunca, nunca!

IND. ¡Han perdido la razón!

PAS. ¡Por Dios, hijo mío! (Trata de detenerlo.)

ANT. ¡Van á desacreditar mi casa! (A Gregorio.) ¡Salgan ustedes! ¡No quiero escándalos!

MIG. ¡Déjeme usted, padre! ¡Y aun suplica usted, usted el despedido como un perro por ese miserable!

PAS. ¡Detente!

ANAC. ¡Vamos!

TODOS ¡Vamos!

SIN. Un momento, compañeros. Tomemos antes una copita.

ANT. (De muy mal talante) ¡No hay más vino!

SIN. ¿Que no hay vino? ¡Pues venga entonces la fin del mundo!

MIG ¡Suelte usted, padre! ¡Yo los he exaltado, yo les enseñé el camino de la redención y no retrocedo ya aunque mi propia madre volviera á la vida para suplicármelo! ¡Sí, quiero vengar las afrentas que hemos sufrido; quiero de una vez satisfacer estos enconos que rugen en mi pecho! ¡Estoy harto de pertenecer al pueblo que sufre, quiero ser del populacho que destroza! (Alto.) ¡Compañeros, seamos fuertes con el poderoso!

TODOS ¡Lo seremos!

PAS. Pero al menos, pedid con moderación, con templanza.

MIG. ¡De ningún modo! ¡Los amos somos nosotros! ¡La ley es nuestra! ¡Impongámosla!

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!

MIG. ¡Busquemos á nuestros compañeros, llamemos á nuestro amo, exijámosle condiciones y si no accede á ellas, entonces usemos del número de la fuerza! ¡Que no quede piedra sobre piedra de nuestra cárcel, de esa fábrica maldita y que no quede ni sombra de nuestro carcelero!

TODOS ¡Sí, sí, vamos!

MIG. ¡Vamos, compañeros! (Confusión, se alejan en tropel.)

ESCENA VII

ANTONIA, PASCUAL, GREGORIO, INDALECIO; después MICAELA

IND. ¡Están locos! ¡Ya los hará entrar en razón la Guardia civil!

ANT. ¡Buena zambra se prepara! Esos condenados quieren dar un día de luto al pueblo.

IND. No, pues yo los sigo. Quiero ver en lo que para este jollín.

ANT. Yo también me asomaré. Ahora no ha de venir nadie.

PAS. (A Gregorio.) ¿No los sigues?

GREG. Espero á que usted me acompañe.

PAS. ¿Acompañaros yo? ¡Jamás!

MIC. (Entrando.) ¿Qué sucede?

PAS. ¡Hija mía!...

ESCENA VIII

MICAELA, PASCUAL y GREGORIO

MIC. ¿Qué ocurre, padre?

PAS. ¡Que nuestro Miguel se ha vuelto loco! ¡Que los obreros de la fábrica deliran! ¡Que se van á aumentar nuestras desventuras! ¡Quieren sublevarse, asaltar la fábrica si don Jenaro no acepta sus exigencias!

MIC. ¡Por fin hay hombres!

PAS. ¿Qué dices?

MIC. Ya era tiempo de que estos borregos se convirtiesen en lobos.

PAS. ¿Tú también?

GREG. Ella y todos. ¡Hasta usted!

PAS. ¿Yo? ¡Nunca!

GREG. Tengo yo el medio.

PAS. ¿Qué quieres decir?

MIC. ¡Habla, sí!

GREG. Después. Antes tengo que referir algo muy triste.

PAS. ¿Tú?

GREG. Hace veinte años que fuí á Madrid siguiendo á una mujer muy hermosa fugada de este pueblo, una tal Leonor.

MIC. ¡Mi hermana!...

PAS. ¡Mi hija!... ¿Por qué me recuerdas ahora mi deshonra?

GREG. Desapareció de aquí sin que nadie supiese la causa.

PAS. ¡Prefirió la vida fastuosa del vicio á la pobreza del hogar!... Esa fué la causa...

GREG. Así lo supusieron todos, todos, hasta usted, que era su padre, pero yo, que la adoraba, no podía creer que Leonor fuese una mujer tan infame. Mi cariño no se engañó: la fuga de aquella desgraciada no tenía más objeto que el de ocultar á todo el mundo las consecuencias de una vil seducción.

PAS. ¿Y el miserable, quién fué? (Fuera de sí.)

GREG. Calma. Déjeme usted concluir. Me dijeron que estaba en Madrid, la busqué con ansia de enamorado, pero fué inútil. Pasó algún tiempo, y, un día, supe que aquella infeliz se había prostituído.

PAS. ¡Qué vergüenza!

MIC. ¡Pobre hermana mía!

GREG. Indagué su paradero. ¡Una mancebía! Cuando fuí á buscarla, tampoco estaba allí. La habían trasladado casi agonizante al hospital. Llegué al asilo. Entré en la sala, y en ella, tendida sobre una cama, con el rostro descompuesto de los moribundos, hallé á Leonor. ¡Me reconoció! Apenas podía hablar. «He sido muy desgraciada, me dijo, muy desgraciada. Pero al fin seré feliz, porque voy á morirme. ¡Un hombre me engañó!» ¿Quién? le pregunté. «¡Ese, ese!» añadió entregándome un papel arrugado que tenía bajo la almohada. Y, aquella infeliz murió diciendo: «¡Que mis padres me perdonen, y que ese infame tenga el premio que merece!»

PAS. (Después de limpiarse los ojos.) ¿Pero quién fué ese miserable? Acaba.

GREG. Leí aquella carta. Era una respuesta escrita en este pueblo y dirigida á Leonor. «No te acuerdes de mí—decía—nada tengo que ver contigo. No me cuentes más embustes», y firmaba Jenaro Cremades.

PAS. ¡El! (Anonadado.)

MIC. ¡Infame!

PAS. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

GREG. Porque Leonor me rogó que le ocultase siempre el nombre de su seductor. «Ya que yo muero víctima de ese hombre, me dijo, que mi padre no sufra las consecuencias de mi falta; ya que á mí me ha arrebatado él la honra, que no le quite á él el pan que come.» Así se lo prometí, y si hoy falto á mi promesa, es porque ese canalla ya le ha privado también del sustento.

PAS. ¡Cuánta iniquidad!

GREG. Ya sabe usted el nombre del que deshonró á su hija, del que la abandonó cobardemente. Ya sabe usted quién es el padre de Miguel.

PAS. ¡Su padre!

GREG. Sí. Mi venganza, tanto tiempo esperada, va á realizarse por completo. Yo he fomentado el rencor de Miguel contra su padre y dentro de poco el tirano perecerá á manos de su propio engendro.

PAS. ¡Eso no sucederá!

GREG. El vicio y el poder sucumbirán anegados en su propia sangre. Y ahora, si todavía tiene usted valor para pedir calma y cordura, lea usted esa carta, (Le entrega la carta.) que yo voy á unirme á mis compañeros, á pelear con ellos, á gozar con la venganza contra quien me robó la mujer querida, contra quien me hace ahora también desgraciado. Adiós. (Vase. En este momento vuelve á oirse á lo lejos el himno de los obreros, cuyos ecos se van acercando poco á poco.)

ESCENA ULTIMA

PASCUAL y MICAELA

PAS. (Después de pasar la vista por la carta.) ¡Sí, sí, qué infamia! ¡Corramos! ¡Corramos! Yo veré á ese malvado.

MIC. ¿Ya no duda usted? ¿Se unirá á los obreros? ¡Sangre, fuego, todo es justo contra el que nos ha robado la honra!

PAS. No, no... Sería horrible, espantoso. Hay que impedir que Miguel cometa un crimen horrendo.

MIC. ¿Todavía tiene usted compasión para ese miserable? ¿Pero olvida usted lo que ha hecho con nosotros?

PAS. ¡Nunca; eso nunca!

MIC. Pues entonces, deje usted que reciba su merecido... ¡Ya vuelven! (Se escucha en este momento gran griterío.) ¡Vamos con ellos, padre!

PAS. No, dejemos al cielo que le castigue.

MIC. ¿Y nuestra venganza?

PAS. ¿Y Dios? (Por delante de la puerta de la taberna desfilan los obreros en manifestación, acompañados de algunas mujeres y de varios chiquillos. Se oyen gritos de ¡A la fábrica! ¡A la fábrica! También se ven algunas banderas rojas entre el grupo. Dominando á todos los ruidos el himno del pan, que cantan á coro los obreros Gran movimiento y animación en todos. El telón caerá pausadamente al terminar el desfile.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de la casa de D. Jenaro, casa que se supone está unida á la fábrica. La estancia se encuentra lujosamente amueblada, con abundancia de cortinajes en los huecos, cuadros é infinidad de objetos de lujo. En el foro una gran puerta que da paso á otra habitación, también suntuosamente decorada. A la derecha un balcón, á la izquierda puerta y lo mismo en las laterales de la decoración.

ESCENA PRIMERA

JULIA, después de mirar un momento hacia la calle al través del balcón

Nada de particular se observa en la calle. ¿Serán falsos los rumores que han llegado hasta nosotros? ¡Sí; deben de serlo! ¡Hay tantas gentes á quienes les agrada dar malas noticias! ¡Ojalá no ocurra nada! ¡Me estremece solo la idea de estas luchas en las cuales se disputa la riqueza! No entiendo una palabra de esas cosas que llaman cuestiones sociales, conflictos entre el capital y el trabajo... ¡qué se yo! Pero creo que si los ricos cediesen, un poco, se arreglarían fácilmente... Y yo en lugar de mi tío cedería ¡vaya si cedería! ¡Es tan hermoso ceder ante el necesitado! ¿Qué quieres? ¿Más pan para tus hijos? ¡Pues más pan! ¿Más comodidades? ¡Pues más comodidades! Pero dice mi tío que se ensoberbecen los humildes victorio-

sos. ¿Soberbias? Para soberbias, las de todos los hombres que pasan su vida peleando por el bien terrenal fingido, sin acordarse del verdadero, del eterno, del que reparte Dios desde su trono de nubes. Tiene razón el señor cura, las pasiones se ahogan con plegarias, sí, con plegarias; pero yo aunque rezo mucho, mucho, no puedo olvidar á ese hombre que odia á mi tío... y me odia á mí y nos odia á todos. No, no le olvido, y hasta creo que le amo y que sería feliz con él recreándome en las miradas de sus ojos llenos de fuego... Cuando oigo sus palabras ardientes, llego hasta participar de sus opiniones y de sus rencores... ¡Jesús, de sus rencores no! Amarle á él, bueno; pero odiar á los demás, ¿por qué? El odio es inicuo.

ESCENA II

JULIA, ANDREA y después MIGUEL

AND. ¡Señorita! ¡Señorita!

JULIA ¿Qué? ¿Sucede algo?

AND. Está ahí ese joven.

JULIA ¿Quién?

AND. Ese obrero tan guapo; ese que dice el señor que es tan malo.

JULIA ¿Miguel?

AND. El mismo. Llegó por la escalera de servicio preguntando por mí, y me dijo que deseaba ver á usted.

JULIA ¿Verme?

AND. Eso dice. Por supuesto, que yo le opuse dificultades... Que usted no querría recibirle... Que si el señor se enteraba... Pero él insistió: «Necesito ver á la señorita.»

JULIA No me explico... ¡Ah, si vendrá á pedir la paz! Querrá que yo sirva de mediadora... No hay duda: eso quiere... ¡Qué alegría! (A Andrea.) Que entre, que entre ..

AND. ¿Le mando pasar?

JULIA Sí, sí, que pase. (Vase Julia y poco tiempo des-

pués, por la misma puerta segunda lateral izquierda, entra Miguel.) ¡Pues no estoy temblando!

MIG. (Después de quitarse la gorra, queda á cierta distancia de Julia.) Perdone usted, señorita. Reconozco mi inoportunidad, pero usted comprenderá los motivos que tengo para llegar hasta su presencia, y sobre todo, para pisar esta casa.

JULIA Hable usted. Casi adivino el objeto de su visita... Ya ve usted si soy vanidosa.

MIG. ¿Que usted adivina?...

JULIA ¡Y si viera usted qué dicha tan grande me ha producido la presunción!

MIG. Pues si usted lo adivina... mejor que mejor. Si usted lo adivina y le alegra, mi misión concluye pronto.

JULIA Eso creo yo también.

MIG. Yo, la verdad, temía... es decir, temer no... Yo no temo á nada ni á nadie... Pero usted, vamos, usted no es como ninguno de esos hombres que aborrezco; usted vive con ellos, siente quizás lo mismo que ellos, y sin embargo yo no creo que es como ellos. ¡Estar juntas cosas tan diferentes! ¡Cierto que también están juntas en las alturas del firmamento la luz que nos alumbra y la centella que nos mata!... (Julia se sonríe.) Se sonríe usted de mi lirismo trasnochado, como dice su tío. Es posible que tenga usted razón; pero ¡qué quiere usted! algunas veces me olvido de que visto la blusa del obrero y de que no me es permitido usar cierto lenguaje.

JULIA Se equivoca usted. Yo no me sonrío en son de burla del piropo... todo lo contrario. Agradezco la lisonja, aunque sea inmerecida. Vamos, hable usted con franqueza.

MIG. A eso voy... No tema usted que le moleste mucho.

JULIA De ningún modo.

MIG. Pero yo debia dar este paso. Lo cortés no quita á lo valiente.

JULIA Claro que sí.

MIG. (Con cierto desprecio.) Me complace que usted

lo comprenda del mismo modo. Si lo que usted acaba de hacer lo hizo para probar nuestra debilidad, se engañó de medio á medio. La pobreza no quebranta nuestro orgullo.

JULIA ¿Cómo? No comprendo.

MIG. Que no le bastó con que en cierta ocasión Micaela rechazase sus dádivas... Hoy ha enviado á mi abuelo este dinero. (Saca del bolsillo un sobre cerrado.) Tómelo usted. A tiempo descubrí el regalo. Si es premio adelantado por traiciones, sepa usted que nosotros no nos vendemos. Si es limosna, tenga en cuenta que no mendigamos.

JULIA ¡Qué mal ha comprendido usted mis sentimientos! Yo no he querido ofenderles... antes al contrario...

MIG. Sí, ya he leído la carta... ¡Ya he visto que sabe usted hacer las cosas con delicadeza! Un adelanto que usted envía á mi abuelo sin perjuicio de reintegrarse en la caja. El deseo de favorecer á mi familia.

JULIA Precisamente.

MIG. Demasiado sabe usted que eso no puede ser; que mi abuelo y yo hemos sido despedidos y que no podemos devolver ninguna cantidad.

JULIA Más adelante...

MIG. Todo lo que usted hace es de agradecer; pero si ese beneficio es para nosotros solos, no puede ser desinteresado. Me quema los labios la palabra, pero tengo que decirla. Este dinero nos denigra. Tómelo usted... Aquí queda. (Coloca el sobre en un mueble.)

JULIA ¡Y yo, que creía que venía usted con propósitos de paz!

MIG. Paz... paz... Ya sabe usted cómo contestó hace pocas horas don Jenaro á nuestras proposiciones de concordia. Amenazándonos con emplear la fuerza.

JULIA Pero cederá... Usted que es inteligente, interceda con sus compañeros... Hágalo usted por mí. Por Dios, Miguel, sea usted prudente... Reflexione usted que todavía puede ser dichoso.

MIG. ¿Dichas? Esos manjares no pueden ser para nosotros, señorita.

JULIA ¿Por qué?

MIG. Porque nacimos en la desgracia.

JULIA El odio pone vendas en sus ojos; los rencores le enloquecen. Le divorcia á usted de la razón el aborrecimiento. ¿Por qué es usted así?

MIG. ¿Por qué?... (Con vehemencia.) ¿Pues he recibido en toda mi vida algo que no fueran latigazos del infortunio? Nací en un asilo; me crié en el hospicio, entre el montón anónimo de los séres sin apellido. Apenas conocí á mi madre; de mi padre nunca supe nada, ni quise saber nada tampoco. Cuando mi familia me borró el nombre de hospiciano para darme el suyo, no pudo proporcionarme más ventura que la del trabajo. Desde niño anduve errante, entregado á rudas faenas, sufriendo atropellos, escaseces, miserias... ¿Y aún me pregunta usted por qué aborrezco? ¡Mejor sería preguntarme si puedo amar!

JULIA (Conmovida.) Todo eso es muy triste, muy doloroso. Pero, ¿quién sabe?... Quizá todos esos infortunios de la suerte se truequen en venturas más adelante. Tenga usted fe en lo porvenir. El mundo no es tan malo como usted supone.

MIG. ¡Qué sabe usted del mundo, señorita! Tuvo la desgracia de quedarse huérfana, pero la recogió su tío para instalarla con opulencia, con este boato que me rodea, y en el cual hay, sin duda, gotas de mi sudor y partículas de mi sangre. Usted sólo comprende el amor que lleva á la dicha: yo sólo la desesperación que empuja á la muerte... Allá, en su jardín, sólo existen flores y plantas delicadas que perfuman el aire; pero en el bosque salvaje, donde yo me arrastro, crecen las malezas, los tallos que pinchan, y entre sus ásperos tejidos viven reptiles venenosos y fieras sedientas de sangre. En su corazón, formado en el dulce bienestar, caben los

sentimientos suaves; en el mío, que formó el infortunio, sólo medran los odios... Perdone usted, señorita, si le hablo con tanta vehemencia de cosas que no la interesan, pero hay momentos en que las palabras salen de mis labios á pesar mío, y creo que acabarían por ahogarme si las encerrase dentro del pecho ..

JULIA ¡Y ni siquiera la esperanza de redimirse!... ¡Ni siquiera el goce de vivir con los suyos en santa calma, no envidiando nada, contento en la pobreza!

MIG. La pobreza no contenta á nadie. Además, la mía no es pobreza, es miseria.

JULIA Pero usted no es como los demás. Usted tiene inteligencia, usted es bueno, dulce, compasivo, ¿por qué se empeña usted en contrariar estas nobles cualidades?

MIG. ¿Va uno á reirse cuando está hambriento?...

JULIA ¿Y el cariño? ¿No ha pensado usted nunca en los consuelos del cariño? ¿Quién sabe á dónde va á parar el hombre en la tierra?...

MIG. El cariño, para los que viven como yo, sólo representa el derecho de asociar á la desgracia común á un sér cualquiera, á un sér inocente; ¡quizás á un sér dichoso! A veces pienso en algo vago, sin contornos fijos, y sueño con cosas irrealizables, porque la fatalidad se ha empeñado en dar á mi inteligencia luces bastantes para alumbrar mi propia desventura... ¡Oh, quisiera ser como muchos de mis compañeros, torpe, rudo, para no comprender lo triste de mi estado!

JULIA No diga usted eso. . ¡No blasfeme usted!

MIG. Ya le he dicho que á veces sueño que deseo subir, ser algo, cambiar mis miserias por desahogos, pero eso es imposible.

JULIA ¿Imposible? ¿Por qué? Esos sueños...

MIG. No pueden realizarse, no deben realizarse. Porque ha oído usted decir á nuestros enemigos que aspiramos á la nivelación de clases, á la igualdad absoluta, ¿supone que yo creo en semejantes tonterías? Se comunican unas clases con otras como unas co-

marcas con otras, por puentes que salvan abismos, por túneles que taladran montañas. La verdadera nivelación consistiría en dejarlo todo raso como la palma de la mano... (Con mucha vehemencia.)

JULIA ¡Qué locura, qué inmensa locura!

MIG. Pues loco quiero vivir... Adiós, señorita. (Hace ademán de retirarse.)

JULIA ¿Se va usted?

MIG. Sí, harto he abusado de su benevolencia; pero ya le he dicho que muchas veces necesito arrojar fuera de mi pecho las hieles que han formado en él las adversidades.

JULIA ¿Pero se marcha usted sin oir mis consejos? Recuerde usted que yo le he pedido la paz.

MIG. No está en mi mano concederla. Soy uno de tantos, y no cederé mientras ellos no cedan.

JULIA Ni siquiera por mí...

MIG. Ni siquiera mirando á esos ojos, que algunas veces se posaron en mí con simpatía, ni siquiera de ese modo puedo pensar en que cesen estas luchas. Tengo que ser siempre hombre triste, hombre vencido, hombre rencoroso.

JULIA Pida usted auxilio.

MIG. ¿A quién?

JULIA Dios es bueno.

MIG. (Conteniéndose.) No quiero replicar... Me lo veda la cortesía.

JULIA Piense usted en mí... Yo no puedo inspirar odios.

MIG. ¡Si todos fuesen como usted!... (En este momento aparece por el lado derecho don Jenaro.) Él...

ESCENA III

JULIA, MIGUEL, DON JENARO y después RAFAEL

JEN. ¿Aquí tú? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres? (A Julia.) ¿Por qué le han dejado entrar?

JULIA ¡Tío!

MIG. Ni busco, ni quiero nada. Vine á devolver lo que no era mío. Y pensaba salir antes de que usted me viera!

JEN. ¡Pronto, fuera de esta casa.

JULIA Le llamé yo. Quería evitar...

JEN. Tú no debes mezclarte en estos asuntos.

JULIA (Suplicando.) ¡Por Dios!

JEN. ¡Basta! ¡Y tú, falso apóstol de la gente deblusa, cuida en adelante de no entrar en las casas ajenas sin permiso de sus dueños!

MIG. Ya he dicho la causa de mi presencia en este sitio. ¡Conque suprima usted las injurias, y sobre todo delante de una señorita, á quien tengo que respetar!

JEN. ¡Los miserables como tú no tienen derecho á ser galantes!

MIG. ¡Don Jenaro! (Amenazador.)

JULIA ¡Miguel!

JEN. ¿Te exasperas porque te digo la verdad? ¡Si todo lo comprendo! Tu elocuencia de club ha soliviantado ya á esos desgraciados obreros que recorren las calles voceando contra mí; pero no te bastaba esta hazaña, y has querido encender en mi propia casa esa fe bárbara que seduce á tus compañeros. No te basta atentar contra el sagrado de mi propiedad... Quieres atentar también contra el sagrado de mi familia.

JULIA No, tío. Vino á devolverme una cantidad que yo había enviado á su familia. ¿Por qué juzgas tan mal de sus intenciones?...

MIG. Ya le dije en otra ocasión que ni amenazas ni insultos tolero yo de nadie y menos de usted, á quien aborrezco.

JEN. A mí me aborreces, pero no por mí. Me aborreces por mi fortuna, que quieres hacer tuya. ¡Ah! Como listo, eres listo. Conoces que esos infelices jornaleros se quedan con un palmo de boca abierta y les predicas y arengas para arrastrarlos al crimen y amedrentarme. Conoces que esta infeliz niña siente por tí simpatías, y penetras en mi casa deslizándote por las escaleras reservadas como los ladrones.

JULIA ¡Tío de mi alma!

MIG. ¡No ponga usted á prueba mi paciencia!

JEN. Y piensas en que ella te puede redimir. Sí; piensas en que con su mano puede convertirte de pronto desde infeliz obrero, víctima de la burguesía, en feroz patrono, verdugo del proletariado. ¡Y aun te llaman iluso, soñador, fanático! ¡Imbéciles! Yo te he conocido á tiempo. ¡Eres un vividor en toda regla!

MIG. ¡Cuánta calumnia! ¡Cuánta mentira!

JEN. Repito que te he conocido. ¡Vete, vete, ó te arrojo yo mismo!

MIG. Me iré porque yo no acometo á viejos inermes. Me voy á la calle; pero de la calle vendrá el castigo.

JEN. ¡Nada me importan tus amenazas!

MIG. ¡Después lo veremos, explotador de pobres!

JEN. ¡Insolente! (Llamando.) ¡Rafael!

JULIA ¿Qué intentas?

RAFAEL (Entra en traje de guarda.) Señor...

JEN. ¡Pronto! ¡Ese hombre á la puerta!

RAFAEL ¡Vamos!

MIG. ¡Por la fuerza, jamás!

JULIA (Suplicante) ¡Por mí! ¡Váyase usted, yo se lo suplico!

MIG. (Después de dudar un momento.) ¡Por ellos, no; por usted, sí! (Vase por el foro seguido del guarda.)

JULIA ¡Tío del alma! Me dan miedo estas disputas.

JEN. ¡Déjame!

JULIA ¿Por qué no cedes? ¡Es tan hermoso hacer el bien!

JEN. Pero no á los ingratos.

JULIA ¡Yo te lo ruego!

JEN. No insistas. Es necesario acabar de una vez. Hay que poner término á esta situación.

JULIA Pues emplea la clemencia.

JEN. ¿La clemencia con los fanáticos soberbios? Todo lo contrario. Castigos duros... Eso les hará entrar en razón.

JULIA Pero...

JEN. Vamos, hija mía, retírate.

JULIA (Al irse por la puerta derecha.) ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no estirpas de las almas los odios?

ESCENA IV

DON JENARO y RAFAEL, que aparece por el foro

JEN. ¿Se fué?
RAFAEL Sí, señor. Se marchó refunfuñando entre dientes.
JEN. ¿Y sus compañeros?
RAFAEL Andan rondando la casa con malas intenciones.
JEN. Pues vigila.
RAFAEL Pierda usted cuidado, señor.
JEN. No te muevas del jardín, y si ves que intentan entrar dispara tu carabina, pero elije al tirar.
RAFAEL Corriente.
JEN. ¿Creen que van á amedrentarme?
RAFAEL El señor Peláez...
JEN. ¡A tu puesto! (Entra Peláez.)
RAFAEL Voy.

ESCENA V

DON JENARO y PELÁEZ

PEL. (Con cierto sobresalto.) ¡Señor don Jenaro!
JEN. ¿Qué ocurre?
PEL. Que mis temores se confirman. No acabará el día sin que tengamos mucho que lamentar. ¡Y todo por la intransigencia!
JEN. ¿La intransigencia?
PEL. Sí, señor; por la intransigencia de todos.
JEN. También usted...
PEL. Hemos tratado muy mal á esos infelices trabajadores, que ahora nos amenazan; los tratamos muy mal, y son muchos para oprimidos.
JEN. ¿Tiene usted miedo?
PEL. Miedo, sí. Y no por mí, seguramente. Tengo miedo á los furores de esa multitud.
JEN. No se atreverán.

PEL. No confíe usted demasiado en sus hábitos de obediencia. Algunas veces, los más obedientes, los más sumisos suelen ser los que realizan mayores venganzas.

JEN. ¿Venganzas?

PEL. Sí; enérgicas, infames, crueles. Esos hombres del pueblo, tan humildes cuando aislados, reunidos en el fragor del motín no respetan nada ni á nadie.

JEN. Pues pidamos auxilio á la autoridad.

PEL. Ya lo he hecho.

JEN. La casa de un hombre honrado, la vida de un caballero, no pueden estar á merced de la canalla.

PEL. Verdad; pero el Alcalde no cuenta por el momento con fuerzas para imponerse en el caso de que ocurriera una asonada. Hace poco envió aviso de lo que sucede al gobernador de la provincia.

JEN. Así descuidan las autoridades la defensa de la propiedad.

PEL. Puede que crean que siguen quejándose los de abajo. ¡Están tan poco acostumbrados á los lamentos de los de arriba!

JEN. ¡Siempre lo mismo! ¿Y qué vamos á hacer?

PEL. Abajo espera el tío Pascual. Dice que quiere ver á usted. Ese es un hombre honrado, buen cristiano, respetuoso, y puede servirnos de intermediario. Quizás él consiga aplacar la furia de los obreros.

JEN. ¿Pascual? ¡No puede ser!

PEL. ¿Por qué no? Hay que buscar el medio de calmar á esa gente, á *esa canalla*, como usted dice, que acaso quiera justificar el calificativo.

JEN. Todavía me quedan los guardas para defenderme.

PEL. Los guardas serían arrollados al primer empuje. Además, es preciso evitar un choque. La fuerza es un mal medio. Créame usted, señor don Jenaro, no vacile usted en recibir al tío Pascual.

JEN. ¿Pero sus intenciones?...

PEL. Son buenas. ¡Quién lo duda!

JEN. (*Vacilando.*) Verme yo obligado á parlamentar con esos miserables... A tratar con ellos de igual á igual... ¡Qué humillación!

PEL. ¿Le digo á ese hombre que suba?... (*Un momento de pausa.*)

JEN. Bien, que suba (*Peláez hace ademán de marcharse.*) Pero que no trate de humillarme, de rendirme, de imponerse.

PEL. No tema usted imposiciones de viejos educados en la fe. Tema usted á la juventud descreída. (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA VI

DON JENARO, *mirando desde el balcón*

Ya empiezan á agruparse en la plaza; y miran hacia aquí. ¡Infames! ¿Qué desean? ¿Qué quieren? Mi ruina, la destrucción de mi capital, de mi fortuna, que envidian. Si, es la envidia la que alienta sus odios, y la que produce sus enojos... Quieren que seamos todos iguales, pero iguales á ras de tierra. Que yo baje á sus miserias, porque ellos no pueden subir á mi opulencia... (*Vuelve al balcón.*) Allí está... Miguel... ese orador de nuevo cuño, ese malvado que hace soñar á todos esos ilusos con glorias imposibles... ¡Allí está!... y habla... y gesticula. Le rodean... ¡le escuchan!... le admiran... ¡Estúpidos! Desde que vino, no hay paz en mis talleres ni tranquilidad en mi casa... ¡Maldito seas!

ESCENA VII

DON JENARO y PASCUAL, *que aparece por el lado izquierdo, mirando frente á frente á don Jenaro, y sin dar ninguna de las muestras de respeto que guardó á su amo en las escenas finales del acto primero*

JEN. Estás tú ahí... ¿Qué deseas? ¿Vienes á imponerme condiciones, en nombre de esos que me amenazan?

PAS. (Con solemnidad.) No... esos están dementes... Yo quise oponer mi experiencia á su locura, pero fué inútil. Tienen el alma envenenada. (Avanzando un paso.) Se la han envenenado los hombres como tú.

JEN. ¡Bravo! ¡Prescindes de respetos!... Me hablas como si fuera tu igual.

PAS. ¡No lo eres! Yo valgo más que tú.

JEN. ¡Hola! ¿También te insolentas? ¡Haces bien!

PAS. Sigo el ejemplo que me das. Mis canas son tan respetables como las tuyas. Tú has prescindido de las mías, pues yo te imito, y en paz.

JEN. ¿Pero ignoras que estoy en mi casa, y que puedo mandar á mis criados que te arrojen de ella?

PAS. ¡Prueba!

JEN. Ah, vamos, cuentas con el auxilio de esa chusma que te aguarda en la calle.

PAS. No cuento con el auxilio de nadie.

JEN. ¡Ya suponía que intentabas verme, con el fin de gozarte en mis zozobras!

PAS. ¡Te engañas! Soy leal, justo, honrado. La venganza me repugna, el crimen me hace temblar, porque creo en la Providencia y en sus castigos.

JEN. (Con ironía.) ¡La Providencia! ¿Y es ella quien me castiga?

PAS. Sí, de un modo atroz, tremendo, despiadado.

JEN. ¿La Providencia es la que guía á esos desalmados, que acuden á la rebeldía contra su amo, contra el que les ha proporcionado el pan para alimentarse?

PAS. Sí.

JEN. ¿Con que es Dios, quien ampara á la canalla contra un hombre de bien?

PAS. Sí, repito que sí.

JEN. Y yo te digo que mientes.

PAS. O eres muy cínico, ó muy flaco de memoria. El egoista que sólo piensa en sí propio, que explota á los demás para su medro, y deshonra por placer, ese encuentra su merecido al fin; sí, no te asustes del peligro que te amenaza, porque ese peligro es obra tuya.

JEN. (Con furor.) ¡Basta, viejo miserable!

PAS. ¡Basta... no! ¡Todavía no! ¡Si aún no empecé!... ¡Yo he venido para hacerte comprender toda la justicia de tu castigo, que es mucho mayor de lo que imaginas! ¡Para probarte que los humildes tenemos conciencia!

JEN. Y con tu conciencia ¿qué tengo yo que ver?

PAS. Pero, ¿te has olvidado de quién soy?... ¡Soy padre de aquella Leonor que abandonó su familia para ocultar su deshonra; de aquella Leonor que, desamparada, recorrió hasta el final el camino del infortunio; de aquella infeliz muerta en la juventud, ahogada por los vicios y por los remordimientos!...

JEN. Por culpa suya.

PAS. ¡No; por la tuya! ¡Hasta hoy no he conocido tu hazaña; hasta hoy no supe quién fué el autor de mi desventura y de mi infamia! ¡Ya te he dicho que yo no me quejo de la pobreza como esos que abajo proponen medios de venganza!... ¡Yo soy un ultrajado que viene á exigirte cuentas de tu conducta!

JEN. ¡No tengo por qué dártelas!

PAS. ¿Lo niegas?

JEN. ¡Sí!

PAS. ¡Mientes! (Don Jenaro hace ademán de lanzarse sobre él.) ¡Ahora soy yo el que te dice que mientes! ¡Lee ese papel! (Le da la carta.) ¿No te atreves á pasar la vista por esta carta? ¡Es tuya... es la respuesta que diste á aquella desdichada que pedía apoyo para no caer, socorro para no abandonar al hijo de su culpa!... ¡Lee, lee!... ¡Dudas! Vamos, no eres tan audaz como yo suponía.

JEN. De ese hecho no soy yo sólo el culpable..

PAS. ¡Tú, y sólo tú! ¡Tú hiciste que mi hija olvidase los deberes de la honradez que inspiré yo siempre! ¡Con que no te quejes de que esos jornaleros, ignorantes, pobres, entristecidos, sin pan que llevarse á la boca, mediten inicuas venganzas, cuando tú, hombre de luces, rico, has sido capaz de realizar el mayor mal de la tierra! ¡Sí, tú eres mucho más villano que los que predican el exterminio

de la riqueza, porque practicas el exterminio de la honra! (Desde este instante empieza á percibirse en el exterior el murmullo lejano de gentes que poco á poco van acudiendo. Cuando las acotaciones lo indiquen, los murmullos se irán haciendo más perceptibles hasta el final en que se convertirán en furiosa gritería.)

JEN. ¡Ese rumor!

PAS. ¡Ya empieza tu castigo!

JEN. ¡Lo veremos!

PAS. Esa gente está enloquecida y ¿sabes por quién? ¡Pues mira si hay Providencia! ¡Está enloquecida por Miguel! ¡El es quien les dice á los obreros que no deben sufrir la pobreza, él es quien los capitanea para asaltar tu casa!

JEN. ¿Por Miguel?

PAS. Sí, por él mismo... ¿Y sabes quién es?

JEN. (Lanzándose hacia el balcón.) ¡Aguarda... muchacho! ¡No dejes que nadie se aproxime! ¡Haz fuego contra todos. . pero contra Miguel primero!

PAS. ¡Está loco!

JEN. ¡No se reirá de su hazaña!

PAS. ¿Aconsejas que maten á Miguel?

JEN. ¡Sí!

PAS. ¡Aconsejas que maten á tu propio hijo!

JEN. ¿Eh?... ¿qué dices?... (Con el espanto propio de la situación.)

PAS. ¡La verdad!

JEN. ¡El!... ¡Mi hijo!... ¡Imposible!... ¡No... no puede ser!

PAS. ¡Sí; el hijo de Leonor!... ¡El fruto de su deshonra!

JEN. ¡Dios mío! (Anonadado.)

VOCES (Lejanas.) ¡Muera don Jenaro! ¡Muera!

JEN. ¡Oh!...

PAS. Pronto... Llama á ese hombre... Evita un nuevo crimen.

JEN. Sí... voy... ¡Rafael! (Dirigiéndose al balcón.) ¡Rafael! (En este momento suena un tiro.)

PAS. ¡Jesús!

JEN. ¡Misericordia, Dios mío! (Cae sobre una silla. Un momento de pausa.)

PAS. ¡Miserable! (Avanzando hacia el sitio donde se encuentra don Jenaro. En este instante suenan las voces más cerca y se percibe ya el rumor de las gentes que empiezan á asaltar la casa.)

VOCES ¡A él!... ¡A él!... ¡Muera!...

PAS. Vida por vida. Si Miguel ha muerto, te entrego á los que piden tu cabeza.

JEN. ¡Perdón!... ¡Perdón!...

ESCENA VIII

DICHOS, JULIA que aparece en la puerta derecha, y después PELAEZ por la puerta izquierda

JULIA (Con el sobresalto propio de la situación.) ¡Por la Virgen Santísima! ¡Huye!... ¡Sálvate!... ¡Están furiosos!... Vamos, tío... Pronto... No hay un minuto que perder...

JEN. ¡Hija mía! Sí... huyamos. (Queriendo alejarse.)

PAS. ¡No, quieto! (Interponiéndose delante de don Jenaro.)

JULIA ¿Que dice este hombre?

JEN Aparta... (Señalando á Julia.) ¡Por ella!... Toma mi vida, pero salva la suya...

JULIA (Escuchando con ansiedad.) ¡Que están derribando las puertas! ¡Que van á invadir la casa! ¡Por Dios! (A Pascual.) ¡Tenga usted compasión de nosotros!

PAS. Que entren (Gritando.) ¡Por aquí compañeros!... ¡Aquí está el amo!... ¡Así vengo la muerte de Miguel!

JULIA Miguel no ha muerto...

PAS. ¿Vive?

JULIA Sí, le disparó el guarda, pero quedó ileso. Entonces la multitud se arrojó con furia sobre la verja para derribarla... ¿Oye usted?... Ya llegan... Corramos...

PAS. Sálvense ustedes.

JEN. Gracias...

PEL. (Apareciendo.) Pronto. Este lado está libre.

JEN. Vamos. (Se dirigen todos hacia la puerta. Don Jenaro y Pascual sostienen á Julia que está proxima á caer desvanecida. En el momento de llegar, penetra Miguel en la escena por el foro.)

ESCENA IX

DICHOS y MIGUEL

MIG. ¡Cómo! (A Pascual.) ¿Ampara usted la fuga de ese miserable? (Señalando á don Jenaro.)
PAS. ¡Hijo!
JEN. ¡Piedad!
MIG. Nunca.
JULIA ¿Desea usted una víctima? Aquí estoy.
MIG. ¡Julia!
PAS. (Empujándolos.) Más aprisa... más aprisa.
MIG. (Aparte.) ¡Sacrificarla á ella! ¡Nunca! ¡Que se salve! (Alto.) ¡Por usted hasta la vida! Pronto, pronto. (Empuja á Julia y despues cierra la puerta colocándose resueltamente delante de ella. En este momento, los grupos entran con gran estrépito en el saloncillo que se ve por la puerta del foro. Todos, cuando el diálogo lo indique, se asomarán á la escena quedando maravillados del lujo y de la elegancia que observan en las estancias que recorren.)

ESCENA X

PASCUAL, MIGUEL, GREGORIO, que marcha al frente de los grupos, SINFOROSO, ANACLETO, PAQUITO, LEANDRA, algunas mujeres, niños, obreros armados con palos, rejas de la verja que se supone que acaban de destruir, martillos etc., etc. En toda esta muchedumbre de gentes, se notará la confusión y el desorden propios de las asonadas populares

GREG. ¡Adelante, adelante!... (Los grupos avanzan.) ¿Y el amo? ¿Dónde está?
TODOS ¡Muera!
GREG. ¿Donde está don Jenaro? Vamos, responde.
MIG. No lo sé.
GREG. ¿Le habéis dejado escapar?
PAS. Sí; huyó.
GREG. ¡Traidores!
MIG. Cuidado con los insultos.
GREG. ¡Me lo temía! (Mirando á los grupos.) ¡Compa-

ñeros, entrad!... ¿Qué os detiene?... Esta casa es vuestra. Ese lujo, ese boato que os maravilla, nos pertenece.

LOS GRUP. ¡Sí, sí, adentro! (Entran en tropel.)

MIG. ¿Vais á deshonrar la causa del pueblo?

GREG. ¡Que no quede piedra sobre piedra!

PAS. Son tus mismas palabras (A Miguel.) (Todos descuelgan los cuadros, rompen los cortinajes, destrozan las estatuas y los muebles, poseídos de un furor espantoso.)

GREG. ¡Así, así!

MIG. ¡Qué vergüenza!

GREG. Y vosotros ¿en qué pensais?

MIG. En que por esta puerta nadie pasa.

PAS. En que la violencia no se justifica nunca.

GREG. Después del asalto el incendio... ¡Compañeros! ¡Convirtamos esto en una fragua!

TODOS ¡Eso, eso!... Vengan teas... (Por el saloncillo aparecen algunas mujeres con antorchas encendidas.)

LAS MUJ. ¡Aqui están!

TODOS ¡Fuego! ¡Fuego! (Empieza á iluminarse el saloncillo con los rojos resplandores del incendio, mientras aumentan el vocerío y la agitación en los amotinados.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Habitación muy pobre en casa de Pascual; techo aguardillado; paredes carcomidas por la humedad y desnudas. En el foro izquierda, puerta que se supone comunica con la escalera de la calle; á la derecha una gran ventana; muebles muy escasos y modestísimos; una mesa de pino y dos ó tres sillas. En una cuerda se ven tendidas ropas de niño hechas girones. A la derecha otra puerta que da paso á otras habitaciones. Todos los detalles de la escena deben de revelar la miseria de esta pobre casa de obreros.

ESCENA PRIMERA

MICAELA asomada á la ventana, y después RAFAELA que entra por la puerta del foro

MIC. (Llamando.) ¡Paco! ¡Andresillo! ¡Andresillo! No me oyen.

RAFAELA ¿Qué haces ahí dando voces?

MIC. Llamo á mis muchachos. Los muy tunos andan por la calle todo el día.

RAFAELA ¿También el pequeño?

MIC. ¿Ese pobrecito?.. ¡Qué más quisiera yo!.. ¡Quiá! Está ahí dentro, enfermo, cada vez peor. El angelito se encuentra muy mal: seco, con calentura... ¡Se me va á morir el hijo de mis entrañas!

RAFAELA ¿Y qué tiene?

MIC. ¡Quién sabe! El médico dice que una cosa así como la tisis... ¡La tisis! ¡Lo que él padece es hambre! Ya se ve, le tuve que quitar el pecho hace mes y medio porque me quedé

sin leche. Es natural: donde hay necesidad no puede haber regalo ni salud. Después la pobre criaturita tuvo que comer lo que comemos nosotros, los que vivimos maldecidos por la suerte, y poco á poco fué perdiendo carnes, colores y alegría; antes estaba tan sonrosado, tan vivaracho, tan robusto. Ahora parece un ánima en pena, que sólo tiene alientos para quejarse. ¡Hijo de mi alma! (Solloza.) Por supuesto que más le vale morirse si ha de llevar esta vida nuestra, esta vida miserable!

RAFAELA Pues procura que tus hijos estén resguardados porque la jarana continúa.

MIC. Ya lo sé. Por eso les llamaba antes.

RAFAELA La fábrica sigue ardiendo por los cuatro costados; nuestros hombres recorren las calles cantando victoria, y de tiempo en tiempo van al sitio del incendio para ver cómo las llamas consumen todo aquello.

MIC. ¡Hacen bien! También fuí yo á ver el resplandor de la hoguera y no me cansaba de mirarla. Es el único goce que he tenido en muchos años.

RAFAELA ¿Qué dices?

MIC. (Con furia creciente.) ¡La verdad! El fuego es bueno; no respeta á nadie. Lo mismo arde hoy el palacio lujoso de don Jenaro que ardieron hace unos días las casuchas del muelle, las chozas de aquellos infelices pescadores... No, así no, al contrario: las cosas ricas arden mejor... Los colorines, los adornos, los terciopelos, todos esos arrumacos, les gustan tanto á las llamas, que se dan mucha prisa para tragárselos con sus lenguas de brasa. ¡Lástima que no haya ardido también ese bribón de don Jenaro!

RAFAELA ¿Estás loca?

MIC. ¿Por qué? ¿Porque deseo que las víctimas se hagan justicia por su mano?

RAFAELA Será justicia, no lo niego... pero lo malo es que mañana no habrá trabajo, y sin trabajo no hay pan, y lo que es sin pan nos vamos á ver malísimamente.

MIC. ¿Peor de lo que estamos?

RAFAELA Peor. Yo creo que nuestros hombres se han propasado mucho. Darle su merecido al fabricante, bueno; pero eso de quedarnos *per istam* va á tener malas consecuencias.

MIC. ¡Ah! ¿Eres tú de las que flaquean? ¿De las que se arrepienten de lo hecho? Así se explica que nos traten sin compasión... ¡Claro! No nos tienen miedo, y se ríen de nuestras miserias, de nuestras necesidades, de nuestras desgracias... Aun no se ha desvanecido el humo del incendio, y ya solicitas clemencia... Anda, ve á buscar á don Jenaro, y pídele de rodillas una limosna por amor de Dios.

RAFAELA Todos no pasarán grandes apuros, porque algunos bien aprovecharon la ocasión.

MIC. ¿Por quién lo dices?

RAFAELA No lo digo por tí ni por los tuyos; pero en el saqueo bien han metido la mano ciertos sujetos. En cambio mi marido sólo ha pensado en emborracharse para no perder la costumbre.

MIC. (Viendo á Sinforoso.) Ahí lo tienes.

ESCENA II

DICHOS, SINFOROSO, ebrio, aunque sin grandes exageraciones, é INDALECIO

RAFAELA ¿No lo dije? ¡Hecho una uva!

SINF. ¡Viva la igualdad y viva la nivelación social!

IND. Aquí está este ciudadano.

SINF. Eso que tú has dicho: ciudadano... Un ciudadano en el uso completo de su derecho.

IND. Salvo que ahora viene un poco torcido.

RAFAELA Bueno estás tú para andar derecho.

SINF. ¡Que me faltas, Rafaela!

RAFAELA Déjame en paz.

SINF. Buenas tardes, Micaela.

MIC. Muy buenas.

RAFAELA ¿Y de dónde vienes?

IND. Pues viene de ejercer sus derechos sobre el vino.

SINF. Cierto. Cuando se vacía un vaso se llena un derecho... ¿Crees que soy algún ignorante?

IND. ¿Qué he de creer?

SINF. El vino es un amigo del pueblo. El vino da alegría y valor cuando emborracha. ¿Pero vosotros qué sabéis de eso si os lo prohibe la ordenanza? El vino lo cría la tierra para sostener sus fuerzas. Por eso tiene el color de la sangre... Dime lo que bebes y te diré quien eres... Los pelagatos no beben más que agua, los patronos beben Valdepeñas, y los ricos Jerez... por eso mandan los ricos á los patronos, y los patronos á los pobretes... La escala social, como dice Miguel, es una escala alcohólica... He dicho.

IND. ¿De manera que tú puedes llegar á la más alta posición?

SINF. Te diré; cuando bebo subo mucho, después caigo hasta la última posición.

RAF. ¡Claro! Duerme las *monas* sobre el suelo.

IND. Pues es lo que debe hacer ahora. Echarse á dormir.

SINF. ¿Por qué?

IND. Porque habéis hecho muchas barbaridades, y os van á salir muy caras.

RAF. Eso digo yo.

MIG. ¿Barbaridades? También tú eres de los que llaman barbaridades á los actos de desesperación que realizan los pobres... No tenéis sangre... ó no sabéis lo que es odiar. Si tuvieras hijos en la miseria no hablarías de ese modo. Gente como vosotros son los que alientan á los que nos tiranizan.

IND. Pero...

SINF. Déjalos... No entienden ni palabra de lo que dicen. Ha llegado el momento de la revolución y de la auto... autonomía del trabajo, ¿eh? ¿Sabéis vosotros lo que es la auto... la auto... la autonomía del trabajo? Pues entónces, chitón.

MIG. (Con ímpetu.) ¿Sabes tú lo que es tasar la comida á los hijos? ¿Sabes lo que sufre una

madre cuando tiene que negar el pan á las pobres criaturas, pedazos de nuestra alma, que te lo piden con el imperio ansioso de los niños ahogados por suspiros y lágrimas?

IND. No, señora: pero sé otra cosa, otra cosa en que ustedes no piensan, que quizás no conozcan siquiera. ¿Saben ustedes lo que es un Remington ó un Maüsser? Pues dos fusiles que hacen infinidad de disparos en un minuto. ¿Saben ustedes lo que es la disciplina? Pues una cosa que se impone á todos, desde el coronel hasta el último soldado.

MIC. ¡Que vengan! ¡Nos defenderemos! Y si nos matan, mejor que mejor. Acabaremos de padecer.

SINF. ¡Los soldados! ¡Los soldados! ¿Y para qué sirven los soldados? Vamos, habla. (*A Indalecio.*) ¿Callas? ¿Quieres que te lo diga yo? Pues no sirven más que para divertir á los chiquillos... Nosotros queremos la nivelación social... ¿entiendes? La nivelación. (*Dando un traspiés.*)

IND. ¡Que te desnivelas!

RAF. Lo primero es obedecer al que manda.

IND. Tiene usted razón.

MIC. No; lo primero es comer.

SINF. Según y como... Antes que beber no hay nada.

IND. Yo creo que todos mis paisanos se han vuelto locos y que no tardará en llegar quien los haga entrar en razón.

MIC. ¿De modo que, según tu parecer, debemos continuar como siempre, gastando la vida en este miserable rincón del mundo, sin esperanza de que lleguen mejores días, siempre con el agua al cuello, siempre pensando en la hora de morir? ¡Cosa más agradable!... ¿Y es eso lo que aprendiste en el servicio? Pues para averiguarlo no necesitabas abandonar el pueblo ni correr mundo... Que lo de saber que el pez grande se come al chico y que nosotros somos las víctimas, aquí se enseña sin ninguna dificultad.

SINF. ¡Muy bien dicho!

IND. (Viendo entrar á Pascual.) Ahí tenéis al tio Pascual. Preguntadle si tengo razón.

ESCENA III

DICHOS y PASCUAL que entra cabizbajo y se sienta en el fondo de la escena

MIC. ¡Padre!

IND. Cuéntele usted todas esas lindezas.

MIC. Mi padre se pasa de bueno... ¡Pobre padre!

SINF. (Acercándose á Pascual.) ¿Y qué hay de nuevo?

PAS. Vosotros lo sabréis; vosotros los que celebráis con júbilo vuestra victoria, la victoria del rencor... Yo solo sé que tengo ganas de morirme para descansar, para no ver estas vergüenzas que nos deshonran.

SINF. (Aparte.) Está de mal humor... Es un reaccionario. (Alto.) Vamos, compañero... Vamos á continuar la obra...

RAF. Lo que tú vas á continuar ya lo sé yo.

SINF. Mira, puede que sí.

IND. ¡Como si lo viéramos!

RAF. Hasta luego.

MIC. Adiós. (Vanse los tres. Rafaela y Sinforoso salen disputando.)

ESCENA IV

MICAELA, PASCUAL y PAQUITO

MIC. ¿Y Miguel?

PAS. Sigue con ellos.

MIC. ¡Pero usted le ha dicho!...

PAS. Todo... Todo...

MIC. (A Pascual, reparando en su abatimiento.) ¿Qué le pasa á usted, padre?

PAS. ¿Y tú me lo preguntas?

MIC. ¿Por qué está usted tan triste?

PAS. Estoy triste, sí, triste y avergonzado. Triste, porque nuestra desgracia se hace aun ma-

yor. Avergonzado, porque yo no nací para facineroso; y, sin embargo, me he visto en medio del asalto y he contemplado el fuego entre los incendiarios... ¡Hasta creo tener alguna complicidad en todo eso!

MIC. ¡Es usted un santo! ¡Le han ofendido y se juzga el ofensor! ¡Oh! Yo no pienso del mismo modo... Yo creo que han hecho poco.

PAS. ¡Calla! ¡Déjame! No sé que clase de demencia se ha apoderado de vosotros.

PACO (Entrando.) Buenas tardes.

MIC. ¡Ah, eres tú! ¿Y tus hermanos?

PACO No tenga usted miedo. Están en casa de la señora Telesfora; pero no los deja salir.

MIC. ¿Por qué no han venido contigo?

PACO No quisieron... La señora Telesfora les dió de merendar, y ellos, ¡claro! se quedaron tan contentos.

MIC. Voy á ver al otro pobrecito. Luego iré por los demás. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

PASCUAL y PAQUITO

PACO (Saca un objeto del bolsillo, lo mira un momento y lo guarda, y después se acerca poco á poco á Pascual, que continúa ensimismado.) ¡Abuelo! (Más alto.) ¡Abuelito! ¡Anda, y qué jaleo! No paran de ir y venir los obreros... Unos dan voces; otros siguen alrededor de la casa... Pero el tío Miguel no deja entrar á nadie para que no roben... Dice que así se deshonra la causa del pueblo.

PAS. Ya se ha deshonrado.

PACO Pero, ¿no es nuestro todo lo que hay en la fábrica?... Andrés, el hijo del tío Pantaleón, el fogonero, me dijo que todo aquello era de los pobres, que don Jenaro se lo había quitado. ¿Es cierto?

PAS. ¿Eso te dijo? ¡Mintió!

PACO ¡Sí, abuelito! Y él se ha llevado unas cucharas de plata, lo menos, lo menos una do-

cena... Y Ramón, el de la señora Prudencia, ya sabes, la que tiene la cantina, ese, como es mayor, ha cogido unos santos que había encima de la chimenea y una caja así de grande (Hace un ademán, marcando el tamaño.) con muchas cosas que relucen dentro. ¡Si vieras qué bonitas son!...

PAS. ¡Dios mío! (Pausa.)

PACO (Después de meditar un momento.) Oye, abuelito, si no te enfadases conmigo, te diría una cosa... Pero á tí solo, porque al tío Miguel no me atrevo... ¡Me pegaría!

PAS. (Distraido.) Dí.

PACO Que yo también he sacado mi parte... Mejor que la suya... ¡Vaya, si la he sacado!... Y sin que ellos me viesen... Mira... (Saca del bolsillo un reloj.) Mira... (Mostrándolo.)

PAS. ¡Un reloj!

PACO Pero de oro... No se parece al que lleva el sacristán, ¡quiá! Aquel es una patata... Este sí que es bueno, y con letras que echan chispas... ¿Ves?... Una J y una C. (Señalándolas con el dedo.)

PAS. ¿Y tú lo cogiste?...

PACO ¡Ya lo creo! Y si me lo llega á ver Andrés, me lo quita... Aunque trabajo le había de costar... Porque también sé yo echar la *zancadilla* y andar á cachetes como el primero...

PAS. Pero has sido tú...

PACO ¡Y dale!... Sí, abuelito... Es para tí... Te lo regalo. Y si no lo quieres, lo vendemos y compramos pan blanco, muy blanco, del que me gusta, ó bollos, que me gustan más.

PAS. ¡Robando un nieto mío! ¡Ladronzuelo! (Amenazándole.)

PACO ¿No decías que no te ibas á enfadar? (Huyendo.)

PAS. (Levantándose.) ¡Trae acá! Eso no es tuyo... Eso no nos pertenece.

PACO (Asustado.) ¡Abuelo!

PAS. ¡Pronto!... ¡Ven acá! (Levantando la voz.)

PACO No quiero, no quiero... me vas á pegar. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

PASCUAL, MICAELA y luego JULIA y DON JENARO por el foro

MIC. ¿Qué sucede? ¿Qué voces son esas?

PAS. ¡Que tu hijo empieza á sentir los efectos de las compañías que le rodean! Que tu hijo ha tomado también parte en el saqueo. Que á los once años de edad le han enseñado á ser ladrón. No dirás que el chiquillo no adelanta.

MIC. ¡Padre!

PAS. Vamos dejando á pedazos la vida en el trabajo y la honra en estas luchas desesperadas. Para ver ciertas cosas, no valía la pena de llegar á viejo. ¡Quién me diera otra vez las fuerzas y el vigor de la juventud! (En este momento aparecen en la puerta del foro don Jenaro y Julia. Esta última entra sostenida por su tío. Ambos están pálidos y agitados, y se detienen en el dintel.)

JEN. ¡Pascual!

PAS. ¿Quién?

MIC. (Con ira.) ¡Ellos!

PAS. ¡En mi casa!

JEN. (Con voz suplicante.) ¡Te suplico que nos des asilo! Estamos rendidos, jadeantes, casi sin aliento... Hemos recorrido todas las calles del pueblo, y ni una puerta se ha abierto ante nosotros, ni una cara amiga nos ha brindado hospitalidad... Antes al contrario, por donde quiera que encaminamos nuestros pasos, sólo escuchamos frases rencorosas, gritos de rabia, amenazas, maldiciones...

JULIA Esos hombres están enloquecidos por el odio... Hablan de matar á mi tío, de matarme á mí... ¡Matarnos! ¿Por qué?

MIC. ¿Y buscan ustedes refugio en esta casa? ¡Mal refugio contra esos hombres! Esos hombres son nuestros hermanos, nuestros parientes... ¡Son los explotados por usted! ¡Son sus esclavos, negrero!

JEN. ¡Pascual, á tí te ruego! Yo sé que eres un hombre honrado; yo sé que no tienes interés en mi perdición. Y aunque lo tuvieras, á mí ódiame si quieres; pero Julia es inocente, no ha hecho daño á nadie... ¡Por ella, Pascual!

JULIA ¡Por él, por mi infortunado tío! Yo no tengo miedo.

PAS. Soy incapaz de odiar á nadie; pero usted representa para mí tantas cosas tristes, que á usted sí le aborrezco, le oborrezco. Usted es mi desgracia, toda mi desgracia.

JEN. ¿Y qué deseas? ¿Que siga arrastrando mi infortunio por esos campos, que encuentre á mis obreros, que sacien en mí y en esta pobre niña su furor? (Se oye á lo lejos cantar EL PAN DEL POBRE.) ¿Oyes? ¡Son ellos! ¡Miserable populacho!

MIC. Don Jenaro, que usted suplica ahora. Guarde sus soberbias para luego.

JULIA ¿Cómo, Micaela, usted también nos rechaza?.. ¿Olvida usted que yo he lamentado sus miserias, que traté de remediarlas, que tuve para sus hijos caricias y lágrimas para sus desventuras? ¡Dios mío! ¿Tan duros están los corazones que ya no se ablandan ante el infortunio?

MIC. ¿Corazón? Ya no le tengo... Lo perdí cuando mi padre y mi hermano llamaron inútilmente á la puerta de esa fábrica, que ahora es un montón de brasas, pidiendo un mísero jornal para dar de comer á cuatro criaturas sin apoyo. ¡No, no tengo compasión de nadie, de nadie, ni siquiera de mí misma! (Con gran furia.)

JULIA ¡Vamos, tío! ¡Vámonos de aquí!

PAS. No lo consiento; pasen ustedes.

JEN. (Dando algunos pasos.) ¡Gracias... gracias... Pascual!..

MIC. ¡Padre! Recuerde usted quién es ese hombre que ahora llora... Llanto de cocodrilo, que finje para devorar.

PAS. Ahora sólo pienso en que es un desgraciado.

JEN. ¡Pascual, ten compasión de nosotros!

MIC. ¡Padre, tenga usted memoria!—¡Todo por mi niña, por esta pobre niña!—dice ese hombre... ¡Y usted, padre, se ablanda y se enternece! ¡Y aquella Leonor, muerta en la miseria, sola, abandonada! ¿Encontró algún refugio en su desventura? La empujaron al vicio esas manos que ahora se juntan pidiendo gracia... No le valió á nuestra Leonor su inocencia... ¡Padre, hija por hija... y aun salimos perdiendo!.. La de usted fué verdadera. ¡Esa es postiza!

PAS. ¡Calla!

JULIA También usted nos odia como esos desdichados que han incendiado nuestra casa... No es usted buena.

MIC. ¿Pero no ha entendido usted lo que he dicho? Mi hermana, mi pobre hermana, que era tan hermosa... más hermosa que usted...

JEN. ¡Por piedad! (Interrumpiéndola.)

PAS. ¡Basta, Micaela!

MIC. ¡No, padre, no! ¡Recuerde usted quiénes somos y quiénes son ellos!... ¡A la calle... á la calle; que se defiendan como puedan! ¡Aquí no caben! ¡Esta es la casa de las víctimas y no puede albergar al verdugo! (Se oye rumor lejano.)

JULIA ¡Se acercan!

JEN. ¡Estamos perdidos!

PAS. ¡Todavía no!... ¡Yo no soy asesino y á un asesinato equivaldría arrojar á ustedes á la calle en estos momentos!

MIC. ¡Se enternece, cede! ¡Con los años no sólo flaquea el cuerpo, también el alma se debilita!

ESCENA VII

DICHOS y MIGUEL por el foro

MIG. (Entrando.) ¿Aquí ustedes?

MIC. ¡Aquí!

MIG. ¡No creía!...

JULIA ¿También usted nos niega un asilo en su

casa? ¿También usted nos odia? ¿También usted desea nuestra muerte?

MIG. Demasiado sabe usted que yo no puedo odiarla... Pero me siguen mis compañeros y no es conveniente que les vean...

JEN. (Yendo hacia él) ¡Miguel! (Muy bajo) ¡Hijo mío!

MIG. (Abrazando á Pascual.) ¡Mi único padre es este! ¡No me engendró, pero me ha querido y me quiere! ¡Su clase es mi clase!... ¡La de usted es la clase que odio, la que fomentó la desesperación en mi pecho, la que hizo germinar en mi cerebro estos pensamientos de venganza que me enloquecen y en mi corazón estos rencores que me ciegan!

JEN. ¡Vuelve en tí! ¡Desecha esas pasiones criminales!

MIG. ¡No son pasiones criminales las mías! Y aunque lo fueran, ¿de quién es la culpa? ¿Quién puso estos sentimientos dentro de mi ser? ¡El abandono de mi niñez y la desgracia de mi juventud me empujaron á luchar, colocándome en lo más hondo! ¡Por eso busco á mis enemigos en la altura!

JEN. (¡Qué expiación!)

VOCES (Dentro.) ¡Miguel!... ¡Miguel!

MIG. ¡Ellos!

JULIA ¡Vienen á matarnos!

MIG. ¿Estando yo aquí? ¡Jamás!

MIG. Voy á ver... (Vase.)

PAS. ¡Hijo mío!... ¡Esa es tu obra!

MIG. ¡No, padre, no!... ¡Es la obra del tiempo y de la miseria!

ESCENA VIII

DICHOS, GREGORIO, ANACLETO y un grupo de obreros que entran en tropel. Al verlos, Julia se abraza á don Jenaro y le escuda con su cuerpo

GREG. ¿No os lo dije? ¡Ahí le teneis amparando á nuestros enemigos!... ¡Todos son iguales!...

PAS. ¿Qué quieres decir?

MIG. ¡Sí, habla claro!

GREG. ¡Que nos abandonas en la hora del peligro! ¡Que después de habernos empujado á la violencia, después de decir á estos infelices quemad, destruid, talad, te acoges al que tiene dinero! ¡Sí, compañeros, después de haberos convertido en facinerosos, huye de vosotros y reniega de vuestros actos!

MIG ¡Miserable!

VOCES ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

MIG. No la tiene, no. ¿Queréis la prueba?

VOCES ¡Sí, sí!

JULIA ¿Qué intenta?

MIG. ¡Pues pedidla!

GREG. Para sofocar el motín viene la fuerza armada... ¡Vayamos en su busca, pero llevando al frente á esos dos! (Señalando á Julia y á don Jenaro.)

VOCES ¡Eso! ¡Eso!

JULIA ¡Qué infamia!

JEN. ¡Asesinos!

PAS. ¡Insensatos!

MIG. ¿Es eso lo que tú piensas? ¡Cobarde! ¿Quieres que te sirvan de escudo para asegurar tu impunidad un anciano y una niña?

GREG. El viejo es nuestro enemigo.

VOCES ¡Verdad!

MIG. ¡Que lo sea!

GREG. ¡Mucho has cambiado en poco tiempo! ¡Hay que ser duros de corazón, nos decías!

MIG. Y lo repito. Duros de corazón para la lucha, pero eso no se demuestra aquí si no en la calle, enfrente del enemigo. Hoy sigo pensando lo que siempre pensé... Es preciso redimir al pueblo, esclavizado, embrutecido, hambriento, agonizante, por todos los medios... Pero no se redime matando á seres indefensos...

GREG. Se redime rezando el rosario...

VOCES ¡Já, já, já!

PAS. Puede que sí.

MIG. Se redime sacrificando la vida... ¿Queréis luchar por la defensa de nuestros ideales? Pues no peleeis con viejos ni con mujeres,

si no con esos que vienen á perseguirnos. ¡El que quiera, que me siga!

PAS. ¡Hijo!

JULIA ¡Dios mío!

JEN. ¡Detente!

ESCENA IX

DICHOS é INDALECIO, que entra por el foro

IND. ¡Pronto, en salvo!

JULIA ¿Qué ocurrre?

IND. Pronto: en salvo. (Los obreros rodean á Indalecio.)

TODOS ¿Qué sucede?

IND. Lo que yo os anuncié. ¡Desgraciados de vosotros, desgraciado del pueblo entero! Siguieron las turbas corriendo por las calles, contemplando con gozo la fábrica destruída, tratando de prolongar la borrachera de odio que á tantos enloquece; pero de pronto, suenan á lo lejos trompetas y se divisan bultos... Es tropa que se aproxima. Sí, los soldados marchan sumisos, callados, obedientes y su silencio al avanzar, contrasta con el tumulto de los obreros que quieren prolongar el motín. ¡Amigos míos! ¡Salvaos! ¡Huid! ¡No resistáis! Vuestra resistencia sería inútil... Quien puede, puede. Vosotros os quejáis de la miseria, y la miseria es vida, y si hacéis frente á esas fuerzas, ¡qué será de nuestro pueblo! tenedlo por seguro, todo se converirá en desolación y en muerte... ¡Por Dios, amigos míos, salvaos... huid!

MIG. Pues vamos en su busca...

PAS. ¡Nunca! (Interponiéndose.)

IND. No seais locos... La lucha es imposible... Entregaos... Confesad vuestra culpa...

MIG. Antes la muerte. ¡Compañeros, vamos á vender á buen precio nuestra vida!

OBREROS ¡Sí, sí!

PAS. ¡Hijo mío!

JEN. Yo intercederé por vosotros.

MIG. No solicito clemencia... No me arrepiento de mis actos.

PAS. ¡Pues no saldrás! (Abalanzándose á él.)

MIG. ¡Padre! No... no puede ser... Déjeme usted...

JULIA ¡Por mí!

MIG. Por usted sacrificaría hasta mi vida, pero no la honra. ¡Compañeros, soy vuestro!

TODOS ¡Vamos, vamos! (En este momento se oye un toque de corneta.)

GREG. Nos llevas al matadero.

MIG. Yo no os llevo... Irán los que quieran... No necesito á nadie para defender mis opiniones. (Sale.)

IND. ¡Fanático!

TODOS ¡Sigámosle! (Salen en tropel.)

JULIA ¡Dios mío, sálvale!

PAS. ¡Miguel! ¡Miguel! (Va á seguirles trémulo y vacilante, pero le detiene Indalecio.)

IND. ¿A dónde va usted?

PAS. (Cayendo sobre una silla.) Me faltan las fuerzas.

ESCENA ULTIMA

JULIA, INDALECIO, PASCUAL, DON JENARO, MICAELA y PAQUITO; luego RAFAEL, que entra armado con una escopeta

MIC. ¡Pronto, hijo mío, adentro!... (Mirando á la escena.) ¿Dónde está Miguel? ¡Padre! ¿Dónde está?... Ya llegaron los soldados. Pero, ¿no oye usted? ¡Le van á matar...

PAS. Se fué... no quiso escucharme... (En este momento se oyen gritos lejanos y otro toque de cornetas.)

MIC. ¡Oh!...

JULIA ¡Cielo santo, paz!...

JEN. ¡Más desórdenes!... (Se oye una descarga lejana de fusilería, acompañada de gritos estridentes, que cesan por un momento.)

PACO ¡Madre! ¡Tengo miedo!

MIC. ¡Calla!

JULIA ¡Jesús! (Pausa. Los personajes deben expresar el horror y la angustia que les produce la lucha en la calle.)

IND. (Asomándose á la ventana.) ¿Huyen?... No; se

rehacen... se resisten... ¡Insensatos!... Alguien llega. (Dirigiéndose hacia el foro.)

JEN. (Viendo entrar á Rafael.) ¡Rafael!

RAFAEL Don Jenaro... Ya está usted libre... El primer tiro le disparé yo... ¡Antes erré la puntería, pero ahora estuve certero! (Al oir estas palabras, Pascual levanta la cabeza, expresando en su rostro todo el horror de la sospecha que despiertan en él estas palabras.) ¡En el corazón, como usted me dijo! Cayó redondo.

PAS. ¡Eh!... ¿Qué dice este hombre? (Se pone en pie.)

JEN. ¿Quién? (También con el espanto propio de la situación.)

RAFAEL ¡Quién había de ser! El cabecilla... ¡Miguel!

PAS. ¡Hijo de mi alma! (Sollozando.)

MIC. ¡Asesino!

JEN. ¡Maldición!

PAS. ¡Muerto! ¡Muerto! (En este momento los últimos rayos rojizos del sol deben alumbrar la escena.)

JULIA (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Qué horror! (Otra pausa.)

RAF. Usted me dió la orden. (A don Jenaro.)

JEN. ¡Yo!... ¡Yo! ¡Justicia de Dios!

PAS. ¡Usted, usted mismo!... ¡Parricida! (Se oye otra descarga más próxima y nuevos gritos estridentes que cesan en el acto.) ¡Más sangre! (Lanzándose hacia la ventana.) ¡Tomad la mía!

MIC. ¡Padre!

IND. ¡Pronto, retírese usted! ¡Le están apuntando!

PAS. (Con furia cadavez mayor.) ¡Atrás! ¡Hijos del pueblo, defendeos; matad sin compasión! ¡No huyais; vengad á Miguel!

IND. ¡Se ha vuelto loco! (Trata de arrancarlo de la ventana, aunque sin conseguirlo.)

PAS. ¡No me intimida el silbido de las balas!... ¡Tirad aquí! (Se oye otra descarga y nuevos gritos.) ¡Así! (Se apoya en el hombro de Indalecio y cae muerto sobre el pavimento.) ¡Jesús! (Pausa.)

MIC. (Lanzándose sobre el cadáver.) ¡Padre de mi alma! (Julia, don Jenaro é Indalecio expresarán todo el horror propio de la situación. En este momento aparecen por el foro algunos guardas de la fábrica con la

carabina preparada, los cuales se quedan agrupados en el fondo.)

JULIA ¡Dios mío! (De rodillas.)

MIC. (Se levanta. Abraza á su hijo, el cual mirará el cuerpo de su abuelo con los ojos muy abiertos y con el espanto y la curiosidad que sienten los niños.) ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Ves á esos miserables! (Señalando á don Jenaro y á sus guardas.) ¡Son los que han matado á Miguel; son los que han asesinado al abuelo!... ¡Míralos bien... para que los recuerdes siempre, y cuando seas hombre estermínalos sin temor, sin compasión!... ¿Oyes? ¡No hay que perdonarlos!... ¡Odialos!... ¡Destrúyelos!... ¡Venga estas infamias! (Se oye el toque de cornetas y otra descarga y nuevos gritos de dolor y de rabia que cesan pronto.)

JULIA ¡Dios misericordioso, piedad! (Sollozando y cayendo de rodillas.)

MIC. ¡Venganza, hijo de mi vida, venganza!

FIN

DESPUES DEL ESTRENO

El buen éxito alcanzado por este drama, no puede enorgullecer á sus autores, porque éstos justamente reconocen que, excepto su buena voluntad, nada han podido poner para lograrlo.

Aparte la benevolencia del público y de la prensa, se ha conseguido el triunfo por el esfuerzo de los artistas encargados de la ejecución de la obra.

Hacemos pública nuestra gratitud al director de escena, el notable actor D. José González, que ha conseguido, á fuerza de su talento y de ímprobos trabajos, dar, con sólo ocho ensayos, vida y animación á los cuadros de la obra: á doña Julia Cirera, la distinguida primera actriz que, aceptando y realzando un papel inferior á sus méritos, probó una vez más su modestia y su valer; á doña Luisa Rodríguez, que dió á su parte los tonos dramáticos vehementes exigidos por la acción, alcanzando justos plácemes; á las Sras. García (doña Adela), Vázquez (doña Josefina), Suárez, Vargas y Coronado, que en sus papeles probaron su arte y su inmejorable voluntad; á Donato Jiménez, el gran actor, viejo en las lides escénicas, aunque joven aún de cuerpo y de espíritu, que con José González llevó el peso de la ejecución de la obra, compartiendo con él también los merecidos aplausos; á Pérez, que con talento venció los escollos de su papel; á Barceló, que supo probar que

es un artista inteligente y estudioso; á Agapito Cuevas, que se avino de buen grado á aceptar el desempeño de un personaje secundario, no obstante lo cual reveló como siempre sus condiciones para lucir en la escena; á López Serrano, que dió al tipo de Sinforoso relieve extraordinario, y á los señores Estrella, Ruiz, González Morales, Sotillo, Pascual y Herreros, modestos pero entusiastas actores, encargados de representar distintos tipos del drama.

No sería justo tampoco omitir en esta página, que inspira la gratitud, el nombre de los empresarios que han contribuido al buen resultado, no regateando medios para conseguirlo.

Por último, debemos también al talento pictórico del señor Muriel, autor de la decoración del primer acto, un innegable y beneficioso concurso.

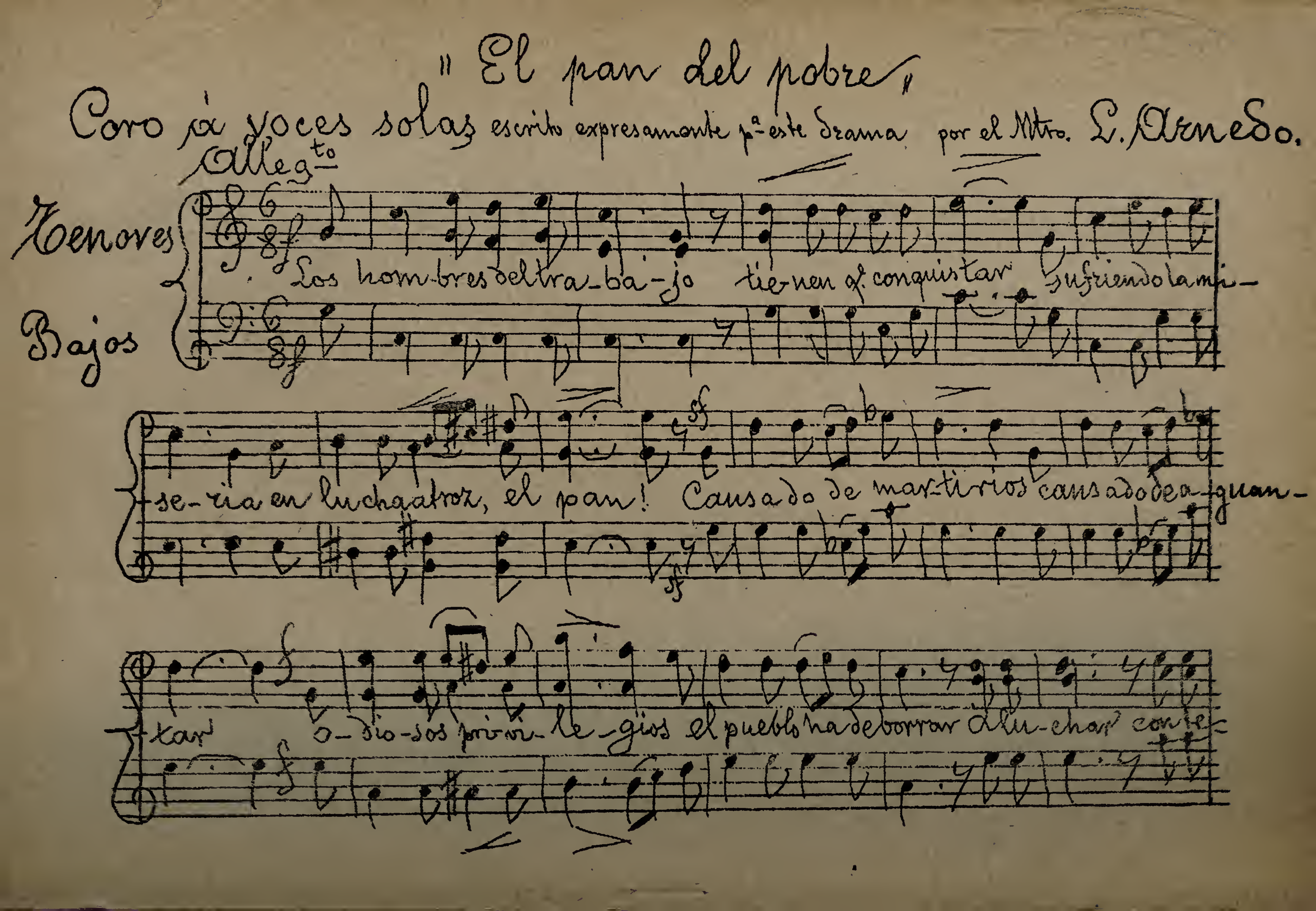
Reciban todos, prensa, público y artistas, el testimonio sincero de los que conocen de sobra cuán limitados son sus méritos, y cuánta ha sido la bondad ajena.

ADVERTENCIAS

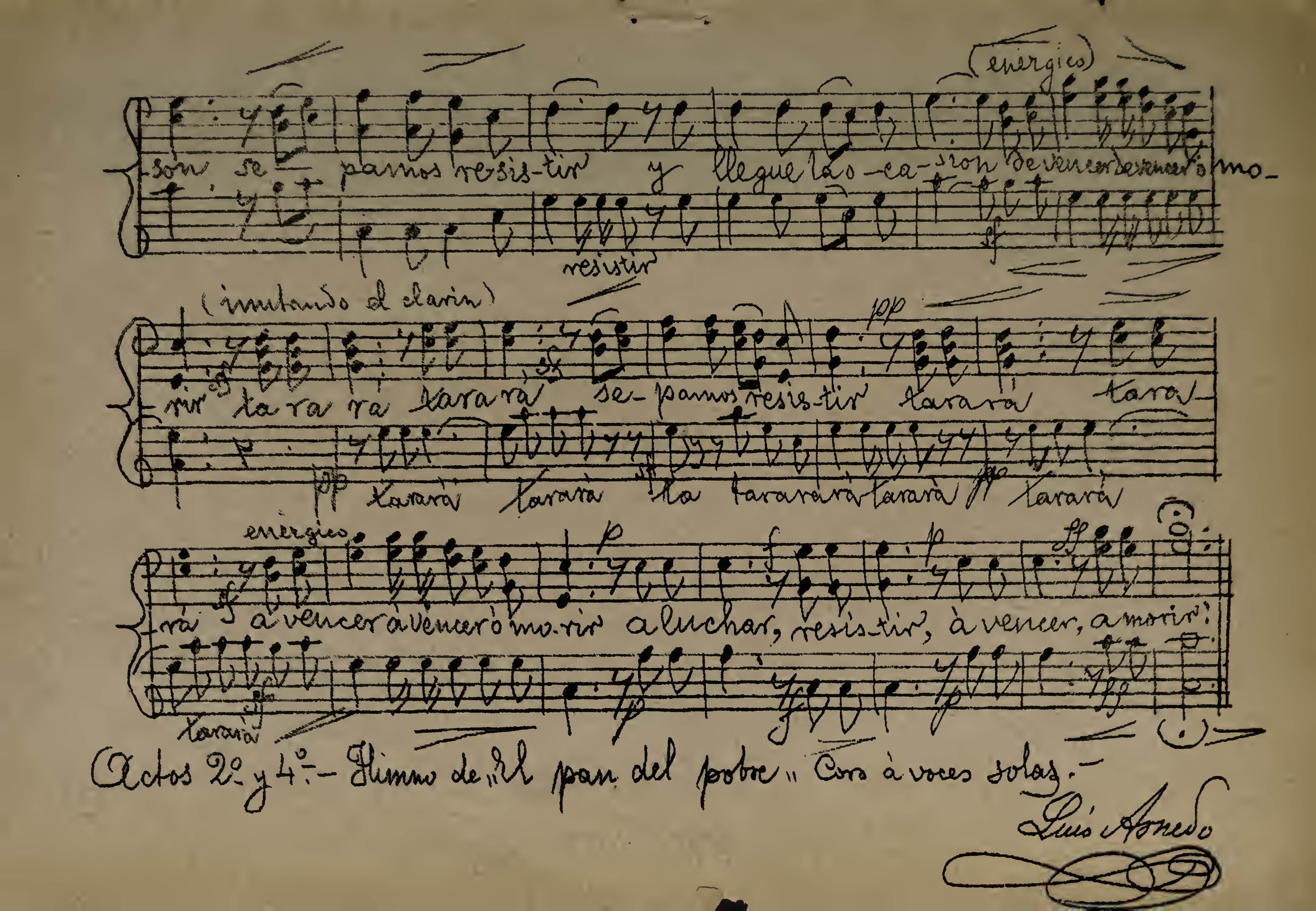
1.ª El himno del maestro Arnedo, puede ser facilitado á las empresas por el archivo musical del señor Fiscowich.

2.ª La empresa del teatro de Novedades de Madrid, tiene á disposición de las de provincias cromos anunciadores de la obra.

3.ª Por conveniencias de la representación se han hecho supresiones ligeras en los diálogos, encomendadas al talento de la dirección escénica.



" El pan del pobre "
Coro á voces solas escrito expresamente pª este drama por el Mtro. L. Arnedo.
Allegto
Tenores
Bajos
Los hom-bres del tra-ba-jo tie-nen q. conquistar sufriendo la mi-
se-ria en lucha atroz, el pan! Cansado de mar-ti-rios cansado de a-guan-
tar o-dio-sos pri-vi-le-gios el pueblo ha de borrar A lu-char con fe



Actos 2º y 4º.– Himno de "El pan del pobre" Coro á voces solas.–

Luis Arnedo

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.